COMEDIA FAMOSA.

EL PASTELERO DE MADRIGAL.

DE UN INGENIO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Gabriel de Espinosa, Galan.
Don Fadrique, Galan.
Don Rodrigo, Alcalde.
Don Sancho, Barba.
Miguel Alonso.
Moscon, Gracioso.
Doña Leonor, Dama.
Clara, Dama.
Catuja, Graciosa.
Inés, Criada.
Una Niña.
Rodelos, Criado.
Dos caballeros portugueses.
Maravete, Criado.
Tres hombres.
Dos ministros.
Música.

JORNADA PRIMERA.

Dentro ruido de aclamacion, y salen tres hombres como labradores, tirando las monteras, y Gabriel con casaquilla corta y montera, Don Fadrique y Moscon.

Uno. Viva nuestro Pastelero,
que es honor de Madrigal.
2. Viva el mejor Oficial,
que batió masa y carnero.
3. El valeroso. 1. El cortés.
2. El galante. 3. El sin segundo.
Todos. El que en el pastel del mundo
pella de los guapos es:
vitor, vitor.
Gabr. Caballeros,
basta ya de aclamacion,
pues yo qué he hecho en conclusion,
para que con lisonjeros
aplausos me siga asi
vuestra atencion cortesana?
Todos. Vitor al que á todos gana.
Mosc. Y vitor yo, voto á mí,
que tambien triunfo con él.
1. Quièn es él, que aun no le han visto?
Mosc. Quien ha de ser, voto á Cristo
la mosca de ese pastel.
Fadr. Gabriel, vuestra bizarría,
gala, entereza y valor
me inclina á vuestro amor:
sabed, que desde este dia,
aficionado al airoso
proceder vuestro, he de ser
vuestro amigo.
Gabr. Eso es querer,
que ufanamente dichoso
con tal prenda, mi humildad
ó se envanezca ó se asombre,
y despreciado el ser hombre,
me introduzca á ser deidad.
No merece un Pastelero
pobre, señor, aunque honrado,
de trato, amistad ni lado
de tan grande caballero.
Si vuestra piedad me honró,
es porque en mí no repara,
pero á una antorcha tan clara
debo conocerme yo.
Fadr. Este hombre me maravilla: *ap.*
con grande afecto te sigo;
Gabriel, bueno es para amigo
Don Fadrique de Castilla.
Vuestra atencion singular,
vuestro noble proceder,
logra con razon tener

admirado este lugar;
viendo en el noble talento,
que os hace en todo felice,
cuanto en vuestro ser desdice
el trato y el nacimiento:
mucho imagino en vos.
Gabr. Mucho de mi imaginais?
Padr. Si, Gabriel.
Gabr. Mas que pensais,
juzgo que le debo á Dios.
Padr. Yo tambien.
Gabr. Allá un discreto,
de infiel al tiempo trataba,
pues era quien revelaba
el mas oculto secreto.
No hay misterio alguno aqui,
pobre Pastelero soy,
mañana seré lo que hoy;
pero que sé yo de mí?
hable el tiempo.
Padr. Hable y no tarde,
y en tanto seamos los dos
muy unos.
Gabr. Señor, a Dios
Padr. Espinosa, Dios te guarde;
Vase y los tres hombres.
Mosc. Gracias á Dios que se fueron.
Gabr. Bien sin razon se casaron.
Mosc. Qué es sin razon? no gritaron
ni aun la mitad que debieron.
Gabr. Pues yo que hice en conclusion
para tanta vocería,
mas, que viendo que se hacia
á un bruto una sinrazon,
montar de un brinco en la silla,
sin tocarle, desde el suelo?
darle luego un redopelo,
y viendo que aun no se humilla
su indócil ferocidad,
correrle con mano airada,
y volverle a la estacada
con pompa y con magestad,
con tal brio y tal recelo,
que cualquiera imaginaba,
que la mano se abrasaba,
segun se la hurtaba al suelo.
Volverle luego á correr,
caérseme una pistola,
y con una mano sola,
corriendo á mas no poder,
alcanzarla diestramente,
y apenas hubo parado,
el estrivo echando á un lado,
con un brinco solamente,
sin poner mano ni piè,
volverme á poner en tierra:
esto qué misterio encierra?
Mosc. El que yo en mi vida haré,
pues en un mal borriquillo,
si se me antoja correr,
suelo á dos pasos cojer
pajas con el colodrillo:
pero si primor no alcanza
ese montar tan bizarro
en el alazan, fue barro
lo que heciste con la lanza?
Gabr. En mi brazo es natural
el brio que maravillas.
Mosc. Blandiéndola hacerla astillas,
solo el Rey de Portugal
en estos tiempos lo hacia.
Gabr. Y por qué no lo haré yo?
Dios, que su mano formó,
no fue quien formó la mia?
Deja eso, y dime qué ha habido
de Inesilla? *Mosc.* Que tomó
los doblones, y ofreció,
que en habiendo anochecido
abierto el Jardin tendrá.
Gabr. Segun eso, acudir puedo
seguro? *Mosc.* Dime qué enredo
pudo introducirte allá,
de modo que no ha estrañado
Leonor siendo tan señora
el saber que la enamora
un Pastelero? *Gabr.* Héla dado
á entender, que un caballero
oculto en Madrigal soy,
que en el oficio en que estoy
encubrir mi pátria quiero,
mi nacimiento y mi ser,
y que si me llega á amar,
pudiéndome declarar,
he de hacerla mi muger.
Mosc. Ella qué dice? *Gabr.* Leonor
es dama muy principal,
y es fuerza tratar neutral
cualquier plática de amor.
Mosc. Ven acá; qué harás con Clara,
que sin su hija ha quedado
en Medina?
Gabr. Un gran cuidado
tengo, no sé donde para;
pues desde que la dejé
(por ser un tanto curiosa,
circunstancia embarazosa
para lo que yo me sé)
en Medina, ó se ha escondido,

ó á otro lugar ha marchado.
Mosc. Y eso no te causa enfado?
Gabr. El mas grave que he tenido;
que un hombre de estimacion,
ya gozada una belleza,
puede olvidar la fineza,
pero no la obligacion;
y mas con la dulce prenda,
que conmigo mi amor tiene:
buscarla, Moscon, conviene.
Mosc. El demonio que te entienda;
si la quisiste enojar,
para qué a buscarla has de ir?
Y si luego has de reñir,
no la pretendas hallar.
Gabr. Todas son implicaciones,
y las que en mí viendo estás
son las que me importan mas.
Mosc. Estrañas son tus acciones;
para enredar ni Luzbel
te llega. *Gabr.* Adelante pasa,
pues que ya estamos en casa.
Dentro 1. Écheme usted mi pastel.
Dentro 2. Dos de a medio.
Dentro 3. Uno de á real.
Dentro Cat. Oye, Rey, venga un ochavo.
1. Usted me ha trocado el pabo,
que no es esta la señal.
Cat. Qué es lo que dice el muy pieza?
1. Que esta la señal no fué.
Sale Catuja Graciosa, con rebocillo y una pala de pastelería.
Cat. Espera, pícaro, y te
señalaré la cabeza.
Gabr. Catuja, pues dónde vas
de esa suerte?
Mosc. Catujilla,
pues con quién es la rencilla?
Cat. Estoy hecha un Barrabás:
fuése ya el guillote? *Gabr.* Espera.
Mosc. Jamás tan osca te he visto.
Cat. El demonio voto á Cristo,
me ha metido á pastelera.
Yo con grandes y con chicos
mil pendencias á porfia,
despues de estar todo el dia
tostándome los hocicos:
Que llegue uno con, doncella,
écheme un pastel de á doce,
y otro, ya usted me conoce
de á medio con caldo y pella.
Otro con su vóz en grito,
áseme esta lonja, tia,
y no como el otro dia,
que llevé crudo el cabrito:
Y cuando mas á cuidar
de todos ellos me afano,
dice uno, cómo á un Cristiano
le da toro á medio asar?
Otro, hechicera es la amiga,
pues hechizos nos los da;
y otro, relinchando está
el de á medio en la barriga.
Echar quiero en hora mala
oficio que así alborota,
y porque no hubiera nota,
diera al demonio la pala.
Gabr. Catuja, esos gages son
fatigas del ejercicio.
Mosc. Reina mia, no hay oficio,
que no tenga su pension;
y pues usted es cosa mia,
y en este oficio la he puesto,
paciencia.
Cat. Ya envidé el resto
de la poca que tenia.
Mosc. La culpa me tuvo yo
de ponerla á usted en chapines.
Cat. Faltábanme á mi escarpines
cuando usted me sonsacó?
Mosc. Cinto. *Cat.* No quiero.
Sale Miguel Alonso.
Mig. Gabriel?
Gabr. Miguel? *Mig.* Toda la mañana
te ando á buscar.
Gabr. Idos fuera.
Mosc. Misterios hay en campaña.
Mig. Si alguien viniere, decid,
que no está Gabriel en casa. *Vanse.*
Mosc. A cuidar de sus cazuelas.
Cat. Yo sé que si alzo la pata:-
Mosc. Entra, chata.
Cat. Ven, bufete. *Vanse.*
Salen Gabriel y Miguel Alonso.
Mig. Afuera los tres aguardan.
Gabr. Ola, dadme de vestir,
que entren por la puerta falsa.
Mig. Voy por ellos. *Vase*
Salen Mardoñe y Rodeños con Veneras de Santiago y Cristo, y dos fuentes de plata y en ellas los vestidos de Gabriel y una cadena de oro, y en ella la Encomienda de Avís y capa.
Gabr. Ambiciosa
credulidad temeraria,
que me haces aun á mí propio
dudar de mí, ya te hallas

*

en la palestra, pues hoy
se da principio á esta trama;
en este caso (el espejo)
lo mas dificil (la capa)
es que puedan (el sombrero)
arte, mentira y audácia
fingirme otro ser, borrando
el que antes tuve: las armas.
Marav. Rodelos.
Rodel. Qué hay, Maravete?
Marav. Alegre como una pascua
está nuestro amo.
Rodel. Silencio
hasta ver en lo que para,
pues de su felicidad
tanta parte nos alcanza.
Salen Miguel Alonso, Don Sancho y dos Portugueses.
Mig. Entrad.
Sancho. Válganme los Cielos!
Port. 1. El es.
Sancho. Aunque le negáran
cuerpo, rostro, edad y señas,
el regocijo del alma
lo expresará, que á latidos
el corazon se me arranca.
Gabr. Ola qué es eso? *Sancho.* Esto es,
ó invictisimo Monarca,
llegar al dulce sagrado
de vuestras heróicas plantas
tres dichosos peregrinos
pues despues de tantas ánsias,
como os lloraron difunto
en las playas Africanas,
viva la deidad hallamos,
á cuyas propicias aras
dediquemos en tres vidas
tres ofrendas voluntarias.
Gabr. Alzad.
Port. 1. Posible es, Rey mio,
que consigue vista humana
ver al Rey Don Sebastian,
á quien Portugal consagra
mas laureles á su muerte,
que erigió á su vida estátuas?
no es posible.
Port. 2. Y ya que sea
para que la Lusitania
sacuda el acerbo yugo
con que Castilla le ultraja;
con qué corazon, Rey mio,
oculto á la amable Patria,
habeis vivido hasta aquí?
Pensais acaso, que os faltan
vidas que por vos fallezcan,
ni brazos que en la demanda
de cobrar vuestra corona
esgriman por vos las armas?
estais, señor, engañado.
Sancho Vos en tan dura desgracia!
Port. 2. Vos en tan humilde empleo!
Port. 1. Vos en tan continua falta!
Sancho. De mármol es quien no llora.
Port. 1. De acero es quien no desmaya.
Gabr. Leales vasallos ..ios,
basta el sentimiento, basta,
que cuando os he menester
para una empresa tan alta,
acudir á la terneza
es desdorar la arrogancia.
Y pues deseais saber,
en el asombro que os pasma,
como de Africa escapando
consegui arribar á España,
atended y de las señas
que os daré, aun cuando dudára
vuestra lealtad de mi ser
consiguiera confirmarla.
A restaurar á Mahomet
la corona hereditaria
de Fez, qué Muley Maluco
Bárbaro tiranizaba,
á Africa pasé, esta fuè
la voz que allá me llevaba;
pero el principal intento,
que me indujo á accion tan árdua,
fue plantar la Religion
Católica con mis armas
en el vasto continente
de sus provincias: hazaña,
á quien solo lo celosa,
disculpa lo temeraria.
Brumé con quince mil hombres
al Mar la salobre espalda,
y con cincuenta Galeras,
Ciudad con remos y jarcias
dejando mi Reino (á que
en mi ausencia gobernára)
á mi tio Don Enrique,
que la Pùrpura Romana
vistiendo en edad crecida,
bordó el Murice de plata:
á Africa llegué, á pesar
de cuantos me aconsejaban,
y aun de Filipo segundo
mi tio, que con instancias
me disuadió en Guadalupe
de una accion tan arriesgada,

donde sin que el ardor mio
de esperiencias ni de instancias
se dejase gobernar,
al trance de una batalla
me arresté imprudentemente;
perdila, que aunque le agrada
la osadía á la fortuna,
la temeridad la cansa:
que no es saber persuadirla
solicitar violentarla.
Murió el duque de Alencastre
peleando en la campaña,
y el bravo Conde de Fuentes,
que llevaba la vanguardia;
el de Arcedondo. Linares,
Villa-Real y Juan de Aldana;
el tremendo Castellano,
á quien fié que ordenára
las haces, murió matando;
mas que mucho, si la Parca
aprendió á amontonar muertos
al filo de sus espadas?
Yo, que atravesado el pecho
de dos heridas lidiaba,
del Prior de Ocrato al lado
y el General de mi armada
Diego de Mesa, advirtiendo
mis tropas desbaratadas,
mis Fidalgos prisioneros,
muertos los mas de mis guardas,
á tiempo que ya la noche
á tanto cadáver daba,
tendiendo su negro manto,
lóbrega fatal mortaja;
á media rienda, de un monte
vecino á la misma playa,
en que estaban mis galeras,
me amparé con dicha tanta,
que á la luz de dos antorchas,
bien que encubierta la cara,
hubo quien tomar me vió
la Galera Capitana.
Híceme al mar, tan corrido
de ver que á vista de cuantas
persuasiones me indujeron
á dejar esta jornada,
triste volvia y vencido,
que intente olvidar la pátria,
por no ver en Portugal,
en lugar de fiesta y salva,
recibirme con gemidos.
por los que muertos dejaba
en Africa la indomable
sinrazon de mi jactancia.
Arribamos á Lisboa,
á donde haciendo echar fama
de que era muerto, seguro
de que siempre que llegára
tenia en vuestra lealtad
la corona asegurada,
me partí; fingiendo ser
persona comun y baja,
á peregrinar: el mundo,
en penitencia de que haya
sido el motor de que llore
Portugal desdichas tantas,
Prófugo el mundo corria,
cuando supe (estando en Francia)
que muerto Enrique mi tio,
por mi Cetro litigaban
Antonio de Portugal
mi hermano y el Rey de España,
y que pidiendo testigos
para hacer proceso el Papa,
presentó sesenta mil
el Castellano en la raya;
á tal poder, quién no habia
de contestar la demanda?
Huyó el bastardo del Reino,
y el Castellano (que rábia!)
de Portugal se ciñó
la Corona Soberana:
yo, que antes por eleccion
de los hombres me ocultaba,
hube de hacerlo por fuerza,
y mas viendo que se ampara
mi hermano en Francia y le admiten,
que era donde yo me hallaba.
Partí por el Piamonte,
y como si recitára,
mi tragedia la fortuna,
me iba mudando en la farsa;
Cirujano me hice en Roma,
Sastre me fingí en Italia,
Evanista en Cataluña;
y en cada lugar mudaba
oficio, porque por uno
contínuo no me me buscáran.
Apurado ya de todos,
á ver á doña Ana de Austria
Religiosa, prima mia,
que en este lugar estaba,
vine á Madrigal, en donde
(engañándola mi maña)
ya descubierto con ella,
buscamos de vivir traza:
y viendo que Pastelero
es el oficio que falta

en el lugar, le tomé
por aparente fantasma
de mi embozo, y aqui hallé
feliz puerto á mis desgracias:
pues á Miguel de los Santos,
persona que disfrazada
por el decoro mas digno
debo esponer en las tablas,
porque sin trocarle esencias,
mu laudable circunstancias,
sepa el discreto que ha sido
prevencion y no ignorancia)
descubierto el corazon,
debo finezas tan raras
que basta á un rey comprenderlas,
mientras no puede pagarlas.
aqui asistido, vasallos
de Miguel y doña Ana,
nada para ser feliz,
sino mi reino, me falta.
Pero pues ya en Portugal
á bastantes desengañan
con la vista de mis firmas
la persuasion de mis cartas,
pues sois los primeros que,
despues de suertes tan varias,
habeis besado mi mano:
para cobrar con las armas,
mis dominios; solo resta,
que con cautela y audácia
deis á Portugal la vuelta.
Y pues tan violentos se hallan
con el castellano yugo,
informeis de que no es tanta
la desgracia de los mios;
que no tengan esperanza
de cobrar su libertad,
pues que para restaurarla
su rey don Sebastian vive,
á quien no asombran ni espantan
desgracias, muertes, destierros,
prisiones, mares, mudanzas,
dificultades, traiciones,
violencias, cautelas, trazas;
pues como mis portugueses
desnuden por mí la espada,
y tremolando las quinas,
hieran al aire las cajas,
todo el esfuerzo me sobra,
todo el orbe no me basta.

Sancho. Lo que vuestra magestad,
supremo dueño, nos manda,
no solo ejecutaremos,
mas aun partida la instancia,
á Portugal pasarán
el señor Basco de Gama,
y el señor Juan Mascareñas
y yo, que dejé la Patria
por vivir en Madrigal,
fuera de tales borrascas,
con una hija que tengo,
que ofrecer á vuestras plantas,
procuraré disponer,
para que vengan y vayan
correos que faciliten
nuestra intencion.

Gabr. Vuestras canas
el éxito me aseguran
de lo que á los tres se encarga.
Cielos, de Leonor el padre *ap.*
tambien entra en esta danza.
mucho tengo grangeado
para poder ablandarla

Port. 1. Pues, señor, á disponerlo.

Gabr. Esperad, que antes que os vayais,
quiero que veais una prenda
que he adquirido, aunque bastarda,
en mi peregrinacion.

Mig. Permitis, señor, que salga
la princesa mi señora?

Gabr. Sin que criado y criada
lo advierta.

Mig. Por ella voy. *Vase.*

Port. 1. Aun otra dicha faltaba?

Port. 2. Princesa hay en Portugal,

Gabr. Y de madre bien hidalga.

Sancho. Felice quien tantas dichas
vió en un instante mezcladas.

Salen Miguel y la niña.

Niña. Dónde me llevais?

Mig. Mi vida.
Gabriel vuestro padre os llama.

Gabr. Hija. *Niña.* Señor.

Gabr. Ven conmigo

Sancho No negará la real casta.

Port. 1. El rostro es todo del rey.

Port. 2. Qué magestad la acompaña!

Niña. Padre riña usted á esa moza;
que ahora la pedí agua
y no me la quiso dar
en la salvilla de plata,
con que no quise beber.

Gabr. Hiciste bien.

Los 3. Hay tal gracia!

Sancho. Notad que rasgos descubre
la real sangre que la esmalta.

Gabr. Dad á ese señor la mano.

Niña. Para que? *Sancho.* Para besarla.

Niña. Pues que me de señoria,
que si no, no quiero darla.
Sancho. Por eso no quede, Usia
me permita, hermosa dama,
besar su mano. *Niña.* Tomad:
ay como pican las barbas!
Mig. Háse visto donosura
mas perfecta?
Los 3. Es cosa rara.
Gabr. Ea, váyase a pasear.
Niña. No puedo salir de casa.
Gabr. Por qué?
Niña. No tengo criados,
silla, ni coches de damas:
venga usted, señor Miguel,
me sentará en las almohadas.
Mig. Vamos, hija.
Niña. Poco á poco,
mas despacio; eso me agrada,
que andar muy de prisa es cosa
de mugeres ordinarias. *Vanse.*
Gabr. Qué os parece la princesa?
Port. 2. Señor, prenda soberana.
Gabr. Ea, id con Dios que á los dos
yo premiaré la jornada
vos correis por cuenta mia.
Sancho. Beso vuestras reales plantas.
Port. 1. Ya he visto al rey Sebastian,
ya la muerte no me espanta.
Port. 2. El rey don Sebastian vivo,
nuestras son Europa y Asia.
Sancho. Cielos, mucho alcanza á ver,
quien escucha, mira y calla. *Vanse.*
Sale Miguel Alonso.
Mig. Fuéronse ya?
Gabr. Ya se fueron.
Mig. Bien esta primer maraña
urdida queda, habeis hecho
el papel tú y la muchacha
de pasmo.
Gabr. Los portugueses
van hechos de mermerada,
creyendo que soy su rey
Sebastian á quien aguardan,
aunque de aquesta tramoya
mil sustos me sobresaltan.
Mig. Cuando yo te impuse en esto,
bien dirigida y tratada
tenia mi idea; ya sabes
las ciencias que me acompañan,
las esquisitas noticias,
que en la materia que tratas
te comunico; y en fin,
cuán en el todo se engañan
los que te ven: quien nó tiene
espiritu, el que desmaya
tan al principio, Gabriel,
no imagine en cosas altas:
pero una vez puesto en ellas,
morir ó perfeccionarlas.
Gabr. Dices bien, amigo, no
te formalices. ya basta.
Mig. En el locutorio espera:-
Gabr. Quién?
Mig. La señora doña Ana:
venga vuestra magestad.
Gabr. Qué? conmigo pataratas?
Mig. Rey serás de Portugal:
ay infeliz, que te engañas! *ap.*
pues para que reine Antonio,
dispongo toda esta traza.
Gabr. Al convento iré despues,
supuesto que Inés me aguarda,
y en el cuarto de Leonor
me dará esta noche entrada:
con otro enredo y disfraz
entraré á galantearla,
pues sin urdir nuevo embuste
mi espiritu no descansa. *Vanse.*
Salen Leonor, Clara é Inés.
Leon. Inés, vete allá fuera.
Clara, quédate tú.
Ines Por cuanto hubiera
de ser Clara llamada y escogida,
é Inés la despedida?
Leon. Qué decias, Inés?
Clara. Fortuna avara! (*Vase.*
Ines. Que ahí queda mi señora doña Clara.
Clara Por qué señora, ofrece
tu favor (á quien no te le merece)
con tu agrado, la pena
de ser el blanco de la envidia agena?
Leon. Clara, desde el instante
que dejaste á Medina, y de un amante,
como ya me dijiste,
seguir la huella en Madrigal quisiste,
bien que con él no piensas declararte,
porque injusto no vuelva á desairarte,
me agradó de tal suerte
tu modestia, que en todo quise hacerte
(estando ya conmigo por criada)
de todas las demas privilegiada;
y para que lo veas,
y lo que espero en tu cariño creas,
todo mi corazon he de fiarte.
Clara. Bien puedes descansar y declararte:
asi pudiera yo, pues hice empeño *ap.*
de callar de mi mal el infiel dueño,

decir, Gabriel ingrato,
la falsedad de tu alevoso trato,
que me hace andar tras tí tan mal pagada.

Leon. Oye y verás que no te encubro nada.
De Portugal, patria mia,
don Sancho de Bisconcelos
mi padre, á Madrigal vino
la guerra intestina huyendo,
con que en civiles discordias
se devoraban sus pueblos.
Desde el punto que llegamos
un bizarro caballero,
cuyo nombre es don Fadrique
de Castilla, mereciendo
verme, no se en que ocasion,
aspiró á mi galanteo;
tratándole tan neutral,
ó mi despegado genio
ò la fuerza del destino,
que me guardaba otro objeto,
que jamas ni una esperanza
consiguió su rendimiento.
En este estado se hallaba
su cariño y mi desprecio,
cuando vino a Madrigal
embozado y encubierto
cierto caballero (ay Clara!)
(perdòneme mi respeto)
tan galan, tan generoso,
tan bizarro, tan atento,
tan discreto, tan rendido,
que no halló lugar mi ceño
(servida de sus halagos)
para desasirse de ellos.
Su nombre es don Juan de Silva,
y por un raro suceso,
con el mas estraño oficio
(de rubor no lo refiero)
su noble prosapia encubre,
llamandose en todo el pueblo
por otro nombre.– mas tente,
qué ruido es aquel?

Sale don Fadrique.

Fadr. Hab[illegible]
hermosisima Leonor,
visto, desde donde suelo
ser girasol de tus rejas,
salir a tu padre, á tiempo
que por descuido esta puerta,
tan cerrada á mis deseos,
hallo abierta á mis suspiros,
à solo [illegible] vengo
de que tan poco reparo
te deban mis sentimientos
y pues es fuerza morir,
consiga, ya que me muero,
que sepas que eres la causa
de mi muerte.

Leon. Harto lo siento;
mas bien pudiera no daros
lugar á moriros de eso,
repetido un desengaño;
y ya que lo esteis no quiero
me cueste un susto el espanto
de haber de hablar con un muerto.
Idos, señor don Fadrique,
que es sobrado atrevimiento
entraros asi en mi casa,
cuando no os da mi respeto
ocasion; y pues sabeis
cuanta fama en este pueblo
de celoso portugués
mi padre tiene, volveos
antes – mas qué es eso Clara?

Clara. Mi señor viene subiendo
la escalera.

Leon. Ay de mi triste!
forzoso será esconderos,
que haberos visto á la esquina,
y veros ahora aqui dentro,
puede ser:– *Fadr.* Nada me digas,
que obediente.–

Leon. Presto. *Clara.* Presto.

Fadr. Me escondere por mirar
tu decoro y no mi riesgo.

Escóndese y sale don Sancho.

Sancho. Hija? *Leon.* Señor?

Sancho Con dos grandes
gustos á tu vista vuelvo.

Leon. Y cuál es, señor? *Sancho.* El uno
es, Leonor –

Al paño Fadriq. Escuchar puedo
desde aqui. *Sancho.* Que Portugal
muy presto, si quiere el cielo,
verá conseguido un bien,
que ha que llora muchos tiempos

Leon. Y el otro? *Sancho.* Trae unas luces,
pues ves que va anocheciendo,
Clara. *Clara.* Voy, señor. *Vase.*

Sale Clara con luz.

Sancho. El otro
es, recibir este pliego,
el último del tratado,
Leonor, de tu casamiento,
que queda ya concluido:
yo lo he tenido secreto,
viendo que tu voluntad
no se opondrá á mi deseo,

Don Rodrigo Santillana
es hija mia, el sugeto,
Alcalde de casa y corte;
noble castellano viejo,
que aunque esto de castellanos
tan mal, hija lo llevemos
los portugueses, es fuerza
acomodarse a los tiempos:
toma esa luz, que pues es
sábado, por el correo
quiero responder. *Leon.* Ay Clara!
que se va al mismo aposento
en que don Fadrique está:
Señor, ved que es duro empeño,
sin que yo::-
Sancho. Qué decis? *Fadr.* Penas,
Leonor se casa y yo muero!
Leon. Digo que el casarme::-
Sancho. Sea
como yo tengo dispuesto;
bien está. *Leon.* Señor::-
Sancho. Alumbra.
Clara. De esta forma lo remedio.
Deja caer la luz
ay, que se cayó la luz!
Sancho. No importa, pues allá dentro
hay recado de escribir,
ven y traeme otra. *Vase.*
Leon. Qué haremos
ahora, Clara, con Fadrique,
para que salga sin verlo?
Clara. Entrar las dos, no sospeche
algo ese maldito viejo;
y dando despues la vuelta
á la calle le echaremos,
pues queda la puerta abierta
de este cuarto. *Vase.*
Leon. Eso resuelvo:
don Fadrique.
Fadr. Quién me llama?
Leon. Esperad aqui, que luego
vendrá Clara a daros forma
de que salgais.
Fadr. Ya os entiendo:
pero si os casais, Leonor?
Leon. Ahora salimos con eso?
no me puedo detener. *Vase.*
Fadr. Ah ingrata, mátame á celos,
que quien vivió confiado,
bien puede morir de nécio
ciego estoy, salir quisiera
de este abismo.
Sale Ines con Gabriel y Moscon.
Ines. Pisad quedo,
ya que por la escalerilla
del jardin subido habemos
á esta cuadra, aqui quedaos,
mientras aviso::-
Mosc. Ay, qué miedo!
Ines. A mi ama.
Gabr. Aqui te aguardo.
Ines. Doblones, que me habeis hecho
alcahueta, estamos bien? *Vase*
Fadr. Pasos á esta parte siento,
sin duda que es la criada
que viene, como ha dispuesto
Leonor, á sacarme: ha Clara,
Clara.
Mosc. Què Clara ó qué infierno?
turbio digo yo que soy,
aunque estoy que me clareo,
Fadr. Clara?
Gabr. De hombre es esta voz:
qué Clara buscará, cielos?
Fadr. No respondes?
Mosc. Quiero en tiple
engañar à este camueso,
duende nocturno. *Fadr.* Eres tú?
Mosc. Yo soy.
Fadr. Vamos de aqui presto,
que aunque mi amor, Clara mia,
me ha puesto en aqueste estremo.
por no haber visto mi muerte,
despreciára mi remedio;
no es esta la puerta? *Mosc.* Si;
á bulto va. *Fadr.* Yo me ausento,
hasta que, Leonor casada,
vuelva á morir, si es que vuelvo *Vase.*
Mosc. Anda con cien mil demonios.
Gabr. Aquestos son los misterios
de Leonor y los recatos?
hombre oculto, aun no lo creo,
en su cuarto? Oyes, Moscon,
no nombraba dos á un tiempo?
no dijo Leonor y Clara?
Mosc. Mas clarito que un gilguero.
Gabr. Ah ingrata! ah falsa! ah cruel!
luz viene, aqui nos entremos,
Mosc. Palos quieren tus costillas.
Retiranse y sale Leonor con luz.
Leon. Clara se queda sirviendo
á mi padre; y pues de otra
ni me fio ni me atrevo;
despedir quiero a Fadrique:
señor don Fadrique. *Mosc.* Bueno.
Leon. Bien podeis salir, pues ya
no habrá quien alcance à veros;
mas cielos qué es lo que miro?

Sale Gabriel. Qué miras ingrato dueño?
miras tu fé quebrantada.
ultrajado tu respeto,
desengañado mi amor
y declarados mis celos?
eso miras?
Leon. Don Juan mio,
por dónde entraste aqui dentro?
Gabr. Por el aire, que mi amor
me trajo á ver mis desprecios,
y á saber como te casas.
Leon. Quién te lo ha dicho tan presto?
Gabr. Mi desgracia.
Leon. Aunque mi padre
me dé muerte, te prometo
que mi amor::-
Gabr. Tu amor es falso.
Leon. Dueño mio::-
Gabr. Hay otro dueño.
Leon. Siempre firme::-
Gabr. Eres traidora.
Leon. Vivirá. *Gabr.* Callad.
Sale don Sancho.
Sancho. Què es esto?
Leon. Ay de mi infeliz.
Gabr. Don Sancho
cubre el rostro.
Mosc. Volaverunt. *Cúbrense.*
Sancho. Hombres de embozo en mi casa?
tú, Leonor, haciendo estremos,
dando voces? *Leon.* Ay de mi!
A dar un paso no acierto.
Sancho. Vive Dios, que yo he ver
de esta suerte::- *Cierra.*
Mosc. Estamos buenos.
Sancho. Lo que esto es; pero qué miro!
que calle decis? no quiero:
que se retire mi hija?
ay mas estraños misterios!
Vete que á solas veré
quien son estos caballeros mudos
que por señas se hablan.
Leon. Ahora le mata, creyendo
(pues no sabe que es don Juan)
que es Gabriel el Pastelero,
quien tiene tal osadia.
Desde este cancel oyendo
me he de quedar.
Sancho. Ea, señores,
los portugueses alientos,
á dos ni á dos mil no temen,
si el que solos nos quedemos
es para hacernos pedazos,
sacad la espada.
Gabr. Teneos,
pues os podré reportar
aprisa. *Sancho.* Con qué?
Gabr. Con esto. *Descúbrese.*
Sancho. Señor, pues vos en mi casa?
cuando mereció este esceso
mi humildad? A vuestros píes
teneis postrado mi acero,
pues yo, cuando, si::-
Mosc. Ola, ola,
que nos ha temido el viejo,
déjamele dar de coces.
Gabr. Alzad, don Sancho, del suelo.
Leon. Qué es esto, cielos, qué miro!
cuando crei que resuelto
le diese mi padre muerte,
turbado, confuso y ciego
dobla á un hombre la rodilla
inferior? aqui hay misterio,
ó es este don Juan de Silva
gran señor, ó no lo entiendo.
Gabr. Buscaros quise en persona,
que es fuerza, que luego, luego,
salga posta á Portugal,
que lleve al duque de Aveyro
un despacho de importancia:
yo entré aqui, y vuestra hija, viendo
un embozado, empezó
á alterarse por estremo.
Sancho. Está, señor, bien criada,
no es mucho hizosele nuevo.
Gabr. Yo la mandé que callase,
cuando vos á este intermedio
llegásteis.
Sancho. Todo lo vi,
que me perdoneis os ruego.
Gabr. Perdonado estais, don Sancho,
y por el susto os confiero
la gobernacion de mi
provincia de Alentejo
en llegando á Portugal.
Sancho. La mano, señor, os beso.
Gabr. No, no hagais demostracion,
don Sancho, disimulemos,
Sancho. Saldré con vos?
Gabr. No, que es dar
sospecha, en casa os espero.
Sancho. Leonor? *Sale Leonor.*
Leon. Señor?
Sancho. Manda á Clara,
que alumbre à estos caballeros. *Vàse.*
Leon. Clara. *Sale Clara.*
Clara. Señora.
Leon. Ese, á quien,

vas á alumbrar, es el mesmo
don Juan de Silva, de quien
te conté mi galanteo:
él encontró á don Fadrique
aquí, y va muerto de celos,
yo lo quedo de pesar,
pues bajas con el ruego
que le digas que le adoro
y satisfacerle espero. *Vase.*

Clara. Está bien.

Gabr. Ay mayor lance!

Clara. Veund, mas qué es lo que veo!

Gabr. Pasad, mas qué es lo que miro!

Clara. Es ilusion del deseo?

Gabr. Es fantasma de la idea.

Mosc. Clara es por San Nicodemus.

Gabr. Clara, pues tu aqui?

Clara. Ah traidor!
yo aqui, que ha querido el cielo,
que venga á desengañarme
de tus viles fingimientos.

Gabr. En igual habrás venido
por cuenta de aquel sugeto,
que te buscaba escondido
ahora en este aposento.

Clara. No quieras, ingrato amante,
dorar con este pretesto
la traicion de que con nombre
fingido y dañado intento,
estás amando á Leonor
y á mí me olvidas, sabiendo
la obligacion que me debes.

Gabr. Yo, Clara, te la confieso,
pero quizás algun dia,
viéndote en otro astillero,
verás que hoy, á pesar mio,
para ensalzarte te dejo.

Clara. No juzgues con fantasias,
de la preñez de tu genio,
segunda vez engañarme:
ya conozco los enredos
de tus mudables ideas.

Gabr. Y yo tu villano pecho,
teniendo un hombre en tu cuarto.

Clara. Mi cuarto? estás en tu acuerdo?
No ves que es el de Leonor?
bien pudiérais conocerlo,
mi señor don Juan de Silva.

Gabr. Ahora bien, quejas dejemos,
y vente conmigo, pues
casa en que servirte tengo,
asistirás à tu hija.

Clara. Mas quiero vivir sirviendo
(falso, aleve) á un dueño fiel,
que de un fementido dueño
ser servida.

Gabr. Quién te trajo
á Madrigal? *Clara.* Mi despecho,
mi desdicha, mi dolor. *Llora.*

Gabr. No llores.

Mosc. Moco tenemos?

Gabr. Y hasta que veas que en dichas
se truecan los sentimientos,
dame los brazos. *Abrázala.*

Sale Leonor.

Leon. Don Juan?
pero qué miro! qué es esto?
vos abrazais mis criadas?

Clara. Como tercera me has hecho
de tu amor, de tal manera
le desvanecí sus celos,
y tan gustoso ha quedado,
que me dió un abrazo en premio.

Gabr. Y aun otro he de repetir,
la vez que salir merezco
de tan tormentosas dudas.

Leon. Que os desengañeis me huelgo,
porque no viéndome mas,
no volvais mas á esponeros,
imprudente y atrevido,
á faltar á mi respeto:
ven, Clara. *Gabr.* Obedeceré.

Clara. No dirás, que por lo menos
no he hecho muy bien el papel,

Leon. Y con sobrados afectos:
Otra vez, Clara, de nadie
y mas de hombre que yo quiero,
te me dejes abrazar. *Vase.*

Clara. Yo juzgué que no era yerro. *Vase.*

Mosc. Cuáles quedan.

Gabr. Ves, Moscon,
una rabiando de celos,
otra de desconfianzas,
el padre mal satisfecho?
pues todo ha de componerse;
yo los traeré al retortero.

Mosc. Créolo de tus embustes,
y que has de lograr con ellos
hacer eterna la fama
de Gabriel el Pastelero.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Miguel y Gabriel.

Gabr. Mejor en el campo estamos.
que aqui no nos oye nadie;
á qué te quedaste á solas
en el convento? *Mig.* Al instante.

*

que te saliste, doña Ana
ordenó que me llamasen,
y doña Francisca Nieto
me dió despues de su parte
este vaso de unicornio,
este reloj de diamentes
del rey Felipe segundo,
guarnecido de corales,
este retrato, este libro
de oro, y esta piedra grande
bezar, para que te diese.
Gabr. Y para qué lo tomaste?
Mig. Como no es cosa escesiva,
no me pareció escusases
recibirlo. *Gabr.* Hiciste mal;
pues dándome, como sabes,
doña Ana en otra ocasion
joyas, que á lo menos valen
mas de doce mil ducados,
porque nunca se pensase
que soy hombre ruin, y pueden
los intereses cegarme,
no las tomé. *Mig.* Ya lo sé;
y sé; que eso fue bastante
á confirmar á doña Ana
en el primer dictámen,
de que hombre á quien la riqueza
ni le mueve ni le atrae,
no puede ser sino noble.
Gabr. Qué tan del todo se engañe
esa señora! *Mig.* Qué mucho,
si cuando la visitaste,
esforzaste la aficion,
con palabras y ademanes,
primero rústicamente,
á fin de disimularte,
y luego con magestad
tan natural y tan grave,
que no digo yo muger,
cuyo sexo es blando y fácil,
sino el hombre mas astuto
no dejará de engañarse.
Gabr. Parécete á ti, Miguel
(hablémonos sin disfraces)
que esta esquisita maraña
puede pasar adelante,
sin que siendo descubiertos
nuestras dos vidas lo paguen?
Doy que llegue á conseguirse,
doy que llegue á declararme
en Portugal, doy que sea
todo feliz, todo fácil;
Corona que es de Filipo,
rey tan sagaz y tan grande,
Cetro que no es de derecho
de conquista ni de sangre
mio, siendo un hombre yo
de tan obscuro linage,
cómo es posible, que el cielo
permita que yo le mande?
pues sabemos que los reinos,
siendo Dios quien los reparte:
que no se puede engañar,
se dan solo á los que nacen
destinados para reyes
con virtudes naturales.
Todo esto no te hace fuerza,
Miguel?
Mig. No, Gabriel, no me hace:
Alejandro engañó á Siria,
donde logró coronarse:
por el dictámen de Augusto
todas las septentrionales
naciones jamás tuvieron
los reyes mas principales,
sino á los que del valor
ayudados y del arte
lograron llegar al trono;
Roma esta verdad declare,
pues cuantos Cèsares vió
de tan indecentes padres,
de tan obscuros principios,
que la púrpura flamante
repitiò el enrojecerse,
sintiendo vulgarizarse?
Lleguemos á Portugal,
que aun cuando allá se declare
nuestra ficcion, viendo que es
á fin de que libres se hallen
del imperio castellano,
no solo ha de perdonarse
nuestro error, sino es hacernos
estàtuas de bronce y jaspe.
Bien sabes que desde el punto
que te ví, empecé á guiarte
(viéndote tan parecido
en rostro acciones y talle
al Portugues Sebastian)
á que fingir intentases
ser él: hasta hoy no hay azar
que con razon te desmaye;
pues qué temes?
Gabr. Nada temo,
estando tú de mi parte.
Mig. Presto lo verás, pues luego *ap.*
que á entrar á Portugal pases,
avisado don Antonio
saldrá al camino á matarte,

y con eso quedaremos
yo contento y él triunfante;
pues de la ocasion valido,
alzerá los estandartes
Portugal por su bastardo.

Gabr. En qué te suspendes?

Mig. Dame
permiso de que á enviar
vaya aquellos memoriales
que has despachado.

Gabr. Ya era
tiempo de que á estos parages
aquellos dos portugueses
hubiesen vuelto.

Mig. Aun no es tarde.

Gabr. Miguel, hánme dicho, que una
compañia de Farsantes
hoy pasa á Valladolid,
haz que esta tarde descansen
en este lugar, que á trueque
de unos doblones holgarme
quiero esta noche en mi casa
un rato.

Mig. No lo reparen
en el lugar. *Gabr.* Yo sabré
trazarlo: hay mas de que llamen,
y entren por la oculta puerta,
que hasta ahora no sabe nadie,
y mande abrir en mi casa,
por si es precisa?

Mig. Adelante:
ya sabes, que yo he de hacer
todo lo que me mandares. *Vase.*

Salen Moscon y Clara con manto tapada, y un papel en la mano.

Mosc. Aqui está mi amo, reina.
Dos horas ha, que á buscarte
anda esta dama tapada.

Gabr. A divertir mis pesares
me sali al campo, y sintiera
que tan caro me costase
como perder esta dicha.

Clara. No imagino que es muy grande.

Gabr. Cómo?

Clara. Como quien os busca
soy yo. *Descúbrese.*

Gabr. Mas valor le añade,
que seas tú, Clara mia:
tú en mi busca? no quedaste
enojada? *Clara.* Y aun lo estoy;
pero eso de qué me vale,
si soy criada y hacer
es fuerza lo que me manden?
Doña Leonor, mi señora,
sintiendo que te ausentases,
conforme en obedecerla::-

Gabr. No pases mas adelante.

Clara. Eso no, escucha el recado,
y haz luego lo que gustares.
Dice, que una novedad
muy urgente, estraña y grave
la fuerza á que suspendido
aquel decreto te llame:
que vayas á verla al punto;
mas para qué he de cansarme?
este papel lo dirá.

Gabr. Dámelé *Clara.* Qué intentas?

Gabr. Rasgarle,
y darle eso por respuesta.

Clara. Eso no, que aunque la engañes
tú, como á mi, siendo yo
la que viene, he de llevarle
la respuesta del papel.

Gabr. Pues empieza tu á notarle.

Clara. tan aprisa se apuraron
mentiras y falsedades,
que no hay una que escribirle
siquiera de las que hallaste,
para convencerme á mi?
aunque no, que siendo frases
para Leonor, podrá ser
que encuentres con las verdades.

Dale el papel.

Gabr. Pues traigo con que escribir,
permiteme que me aparte,
que ya vuelvo con respuesta. *Vase.*

Mosc. Misa Clara, aunque no campen
criados de pasteleros
con Mondongas de deidades,
permítame á su servicio
ofrecerme.

Clara. Dios te guarde,
Moscon.

Sale Catuja y quédase á un lado.

Cat. Unos hombres buscan
á Gabriel, y no habiendo alguien
que venga á buscarle, voy
(por si ha salido hácia el parque)
à ver si topo con el,
aunque se quede un instante
sola la pasteleria;
pero qué miro? ah vergante!
Moscon con una tapada
con figuras y ademanes?
vive el que vive, que es Dios::-

Clara. Con que está linda?

Mosc. Hecha un Angel
la niña está. *Clara.* Quién la viera!

Y quién de comer os hace
ahora? y la Pastelería
quién la asiste?
Mosc. No me hables
de eso; una moza maldita
que de mí empezó á pagarse
en Medina hemos traido,
pero el diablo que la aguante.
Cat. Ah pícaro!
Mosc. Ella es taimada,
puerca, fria, floja y fácil;
y para que los pasteles
le puedan salir de valde,
no hay gato que no desuelle,
ni borrico que no mate;
y el carnero que le dan,
le vende á las vecindades.
El otro dia encontró,
uno que llevó una ojaldre,
un zapatico de niño
metido entre cuero y carne.
Cat. Mientes, pícaro, alcahuete, *Llega.*
y ella la borracha infame;
míreme, que si la cojo :-
Clara. Apártese allá. *Cat.* Que aparte?
mas que me quito un zapato::-
Sale Gabriel.
Gabr. Qué es esto?
Cat. Moscon lo sabe;
unos hombres embozados,
que ahora han venido á buscarte,
en casa están.
Gabr. Pues que vuelvan
puedes decir esta tarde,
que ya sé quienes serán;
ó que allá con Miguel traten
lo que han de tratar conmigo.
Cat. Yo se que tú me lo pagues,
déjate estar. *Vase.*
Gabr. Esta es *Dale un papel.*
la respuesta, en que delante
de tí, que la veré digo,
y empiece á lisongearte
esta joya. *Clara.* Estás en tí?
Gabr. Toma.
Clara. Por no desairarte
la tomaré. *Gabr.* Yo lo creo.
Dale una joya.
Clara. Eso está bien, que no cabe,
viniendo yo por tercera,
que la llevára un desaire. *Vase.*
Mosc. Hombre, vive Jesu-Cristo,
que no han de hallar los Anales
hombre en mentir mas dichoso.
Dentro Fadr. Ya les digo que se aguarden
Dentro Rodr. Anda cochero.
Fadr. Ah villanos!
matadlos.
Dentro Minist. No hay quien ampare
á la Justicia? *Gabr.* Qué escucho!
Justicia dijo? esto baste,
que quien no la atiende, no
puede tener buena sangre. *Vase.*
Mosc. Pues yo la tengo de chinches
segun eso: fuerte lance!
á un coche de cuatro mulas
con tres hombres, que en el trage
Ministros parecen ser,
se les han puesto delante.
al entrar en el Lugar,
con máscaras y disfraces,
mas de diez hombres, con ellos
envisten, fuerza es les maten,
que son muchos; mas qué miro!
á cuchilladas los trae
Gabriel hechos un ovillo:
ha guapo del alma, dales.
Sale Gabriel riñendo con Don Fadrique y criados con mascarillas.
Gabr. Villanos, ahora vereis
como debe respetarse
la Justicia.
1. Ay, que me ha muerto.
2. El demonio que aqui pare.
3. Una furia es del Infierno.
Fadr. Huid antes que nos alcancen,
no nos conozcan; venid,
que esto no es obrar cobardes,
sino es obrar prevenidos:
cielos, qué yo malograse
la ocasion de que mis celos;
den muerte al que ha de matarme! *Vanse.*
Gabr. Esperad, viles
Sale don Rodrigo vestido de alcalde.
Rodr. Teneos,
caballero, que bastante
demostracion de quien sois
habeis dado en esta parte,
amparando á la justicia,
que es el toque y el quilate
de quien, siendo noble, cumple
con lo que debe á su sangre;
yo os estimo, como es justo,
la atencion.
Gabr. Señor Alcalde,
lo que yo por mí ejecuto,
no me lo agradece nadie.
Rodr. Deseo saber quien sois.

Gabr. Teneis algo que mandarme
en particular? *Rodr.* No, amigo.
Gabr. Pues siendo asi, que declaro
es escusado lo que
os espresan las señales;
mirad como obro, y con eso
sabreis quien soy: Dios os guarde. *Vase.*
Rodr. En toda mi vida vi
hombre mas vano y mas grave:
ha hidalgo
Mosc. Que se os ofrece.
Rodr. Este es el mismo semblante. *ap.*
que el otro quién es este hombre,
que tan bizarro y arrogante
me dió favor?
Mosc. Lo que os puedo
decir, que es, por lo agradable,
hombre de muy linda masa,
aunque bien suele picarse,
y que entiende de repulgos.
Rodr. Es hidalgo de linage?
es rico? *Mosc.* Si, pella tiene,
y anda todas las mas de las tardes
con Faxardo y Monte-rey,
caballeros principales. *Vase.*
Rodr. Ya no quiero saber mas,
y pues dos causas me traen
á Madrigal, la una de ellas,
la órden que aqui ha de enviarme
el Rey en estando aqui
para un negocio muy grave,
que hasta ahora no sé lo que es,
aunque sé que es importante:
y la otra, ya que Don Sancho
de Basconcelos me trate
boda con Leonor su hija,
ver con quien he de casarme,
que bodas tratadas, pocas
veces suelen acertarse:
quiero entrar en el lugar,
llegue el coche.
1. Ha Juan, no pares, llega.
Rod. Han seguido á esos hombres?
2. Tras ellos fué Andres Gonzalez
el Alguacil *Rod.* Si consigo
saber quienes son los tales,
yo haré que en una Galera
aprendan á disfrazarse. *Vase*
Salen Clara y Leonor.
Clara. Aquesta joya me dió.
Leon. No te he dicho que es galante?
asi Clara, fuera amante;
pero en fin qué respondió?
Clara. Que ya estaba convencido;
pero que habiendo notado,
cuando le dicen que estado
tomas, que le has despedido;
si viene á verte, será
solo por no desairarte,
y por poder suplicarte,
que de él no te acuerdes ya.
Leon. Tan airado está? *Clara.* Si en ti
ve tan trocada la fé,
qué quieres que haga? *Leon.* No sé.
Clara. Lee el papel.
Leon. Dice asi:
Lee. Aunque el ver claro un engaño
es escarmiento oportuno,
iré, pues ya llevo el úno,
á dar á otro desengaño;
porque no penseis que están
mis escarmientos, Lonor,
para que asturias de amor
los desfiguren. Don Juan.
Al paño Sancho Leonor leyendo un papel,
y con el lienzo en los ojos?
qué miro!
Leon. Ya tus enojos
lograrás Don Juan cruel,
pues viéndome enagenada,
vengado te hallas de mí.
Clara. No llóres, señora, así,
que no remediamos nada;
á vencer á Don Juan prueba,
que asi tu enojo se ataja.
Sancho. Por Dios, que muy linda alhaja
traje en la criada nueva;
qué Don Juan puede este ser?
Clara. Si una vez te llega á oir,
no se sabra resistir.
Leon. Y cómo habemos de hacer
para lograr verle? (ay Dios!)
Clara. A tu padre engañaremos,
la vuelta le cogeremos.
Sancho. Yo lo fio de las dos.
Clara. Mas de una cosa me pesa,
y es, que si en otro poder
entras, me pierdo hoy el ser
criada de una Alcaldesa.
Leon. Sin Don Juan no aspiro á nada;
solo á que resuelva aguardo.
Sancho. Si una migaja me tardo,
por Dios que la hallo casada.
Clara. Señor viene.
Leon. Ay de mi triste!
mejor irnos ha de ser.
Sale Sancho. Tente, que antes he de ver
ese papel que escondiste.

Leon. Qué papel?
Clara. Es uno mio.
Sancho. Ya sé de quien es, villana,
y sé lo poco que gana
con un injusto alvedrio
un trato amable y atento;
pues cuando yo desvelado
ponga todo mi cuidado
en lograr tu casamiento
con un hombre principal
de estudios y de esperanzas,
andas tú en estas andanzas?
no sé como sufro tal
mas yo lo agradezco mucho,
que tu engaño y resistencia
justifican mi violencia;
qué he de aguardar, cuando escucho,
que hay papel y que hay Don Juan?
esperaré inadvertido
á saber que ya es marido
el que sé que ya es galan?
no por cierto; y pues que hoy
á Madrigal ha llegado
Don Rodrigo tu tratado,
al punto á buscarle voy:
hoy te has de casar, que así
no pierde mi honor su esfera. *Vase.*
Leon. Oye, escucha, aguarda, espera:
ay infelice de mi!
que ya que no me casára
con Don Juan le concediera;
como con hombre no fuera
á quien no he visto la cara.
Clara. A ti no te han de forzar.
Leon. Mucho es de un padre el poder.
Salen Ines y Moscon.
Mosc. Reina mia, quiere ver
si hay licencia para entrar.
Ines. Servidor, señor Moscon.
Leon. Quién está á la puerta, Inés?
Ines. Gabriel de Espinosa es.
Leon. Que entre. *Sale Gabriel.*
Gabr. En tan festiva ocasion,
como dia, Leonor bella,
que en tan venturoso empleo
la antorcha enciende Himeneo
en la mas brillante estrella,
á quién se puede negar
la entrada? no puede ser,
todos han de entrar á ver
para tener que envidiar.
Clara. Que sabiendo que es fingido
lo que le dice estudiado,
dé el oirlo tal enfado!
Mosc. La casa huele á marido.
Ines. Algo hay de eso.
Leon. Ya, don Juan,
otra pena no faltaba
á quien de llorar acaba
los disgustos que la dan,
sino que al verme sin ti
ni lo sientas ni te asombres.
Clara. Mira lo que son los hombres,
todos ellos son así.
Gabr. Yo te confieso, Leonor,
que solo tu casa es centro
de mi luz, solo aqui dentro
halla descanso mi amor,
aqui está *mi* bien, mi encanto.
Clara. Conmigo habla, en mi repara.
Leon. No está muy estraño, Clara:
cuando me requiebra tanto.
Clara. Su modo de hablar no apruebo,
quizás con doblez te hablo.
Leon. No digas eso, que yo
sé muy bien lo que le debo.
Clara. Si lo sabes, para qué
me lo preguntas?
Leon. Pues ví,
don Juan, que aun duran en tí
cariño, lealtad y fé,
te ruego, que á olvidar pases
disgustos, ánsias y quejas
y dime, que me aconsejas?
Gabr. Que luego al punto te cases.
Leon. Eso dices? *Gabr.* Eso digo,
en el lugar divulgado
está, Leonor, tu tratado;
es un hombre don Rodrigo
de Santillana muy noble,
muy galan y muy cortés,
tan á propósito es,
que fuera en mí trato doble
no decirte esta verdad;
al principio hay estrañeza,
pero despues la fineza
conquista la voluntad.
Yo aunque sea caballero,
mientras ocultar conviene
mi estado, el mundo me tiene
por un pobre Pastelero:
mira tú si eliges mal
en trocar con tu favor
un hombre humilde á un señor,
á un hidalgo un oficial.
Harás un gran desatino
en no estar gustosa y rica.
Mosc. Vive Dios, que la predica

mas que un fraile capuchino.
Gabr. Clara, tú que en todo estás
persuadela lo mejor
ves lo que hago por tu amor?
Clara. Es porque no puedes mas.
Ines. Señora, a vencer no puedes,
á quien desaires suspira,
de un falso, un aleve :-
Clara. Mira
si sabes lo que le debes.
Leon. No siento, señor don Juan
de Silva, ó señor Gabriel,
como quisiereis, que infiel
pagueis mi amoroso afan:
que claro esta, que enojado
no es mucho, habiendome oido,
que no salgais al partido,
que estimára mi cuidado:
lo que yo ahora deseára
era, que camino hubiera
para que se suspendiera
la aceleracion tan rara
en que mi padre me ha puesto,
casándome hoy (ay de mi!)
Gabr. Clara, parecete á ti,
que hay inconveniente en esto?
Leon. Pues Clara, que ha de saber
si hay inconveniente ó no?
quien lo pregunta soy yo.
Gabr. Ella me ha de responder,
que no sé yo, pues ha sido
de tus secretos la llave,
si esto ejecutarse cabe.
Leon. Yo me doy á ese partido.
Hay misterio en que pues ya
que mi padre me violenta,
se dé tiempo á lo que intenta?
Clara. Digo yo, que no le habrá:
eso, señor, has de hacer.
Gabr. Si: pues yo haré que se espere,
y que cuando yo quisiere:
te case. *Leon.* Cómo ha de ser,
si hecho una fiera salió,
y ya concertado esta?
Gabr. Como se suspenderá.
Leon. Quién nos lo asegura?
Gabr. Yo.
Leon. Pues tú quién eres, que asi
en mi padre has de mandar?
Gabr. Soy quien le puede obligar:-
Leon. A que no me case? *Gabr.* Sí.
Leon. Raro poder! fuerte imperio!
Gabr. Ahi verás quien es Gabriel
ó don Juan.
Leon. Ya sé que en el
ó hay embuste ó hay misterio.
Mosc. Gente viene. *Ines.* Mi señor
sube ya por la escalera.
Leon. Qué haremos?
Gabr. Aguarda, espera,
escondernos no es mejor?
Leon. Yo no lo sé.
Gabr De este modo
vamos mal, si alguien repara.
Leon. Respóndelo tú, Clara,
pues que te consulta en todo.
Mosc. Vamos. *Retiranse.*
Clara. Entren ahí. *Ines.* Señora,
al nóvio y tu padre he visto.
Leon. Pues al nóvio le conoces?
Ines. No, pero que él es me han dicho.
Salen don Sancho, don Rodrigo y don Fadrique.
Sancho. Yo agradezco esta ocasion,
que me anticipa á serviros
el tiempo en vuestra venida:
esta es, señor don Rodrigo
de Santillana, mi hija.
Rodr. Decid que es el sol benigno,
que á las puertas del Oriente
coronado de záfiros.
viste el cielo de esplendores,
y el orbe de regocijo;
no he visto muger mas bella.
Fadr. Esto escucho y esto miro. *ap.*
pero, celos, sufrimiento
hasta hacer lo que imagino.
Sancho. Háblale, Leonor, qué es esto?
Leon. Señor, que vengais estimo
con gusto y salud.
Rodr. A quién
no sobran esos alivios,
si logra, habiendo cegado,
la gloria de haberos visto?
Fadr. Yo, señora, discurriendo,
que con esto os agrado y sirvo,
á cuanto este caballero
me mandáre, me he ofrecido.
Sancho. Mucho debemos, Leonor,
al noble bizarro estilo
con que el señor don Fadrique
nos honra.
Leon. Quien por sí mismo
lo ejecuta, de si propio
debe estar agradecido.
Sancho. Qué desagradable estás?
Leon. Enséñame tú el camino
de amar en un cuarto de hora.

Rodr. Feliz soy.
Fadr. Sin alma vivo.
Ines. Qué figuras!
Clara. Bien estrañas.
Mosc. Lo escuchas?
Gabr. Todo lo he oido.
Sancho. Señor don Rodrigo, y cuál
ha sido el nuevo motivo,
que á Madrigal os conduce?
Rodr. El primero y el mas digno
es haber visto la dicha
de un bien que no he merecido:
y el segundo, cierta órden
con que el rey venir me hizo
á un negocio de importancia,
á que no he dado principio,
porque aun ignoro lo que es,
hasta que haya recibido
por las cartas los despachos;
bien que ya no falta indicio
de que hay en el Madrigal
mucho daño.
Sancho. Pues qué ha habido
hasta ahora en él, que os disguste?
Rodr. Qué mas, que cuando quisimos
entrar hoy por la mañana
en el lugar, atrevidos
diez hombres enmascarados
arrojarse al coche mismo
en que venia, á matarnos
á mí y á los dos Ministros
que iban conmigo sin duda?
pero en fin, el cielo quiso,
que se hallase alli un Gabriel
de Espinosa, asi me han dicho
que es su nombre; el mas bizarro
Pastelero que yo he visto,
porque con el mayor garvo
sacó la espada atrevido,
que jamás espero ver,
y en un instante les hizo
huir, despues que riñendo
descalabró cuatro ó cinco:
quién es este Pastelero?
Fadr. Es hombre de traza y brio:
aunque fué contra mi el lance: *ap.*
yo siempre la verdad digo.
Sancho. El Pastelero es hidalgo
bien honrado, yo lo afirmo;
si supiera quien èl es. *ap.*
Gabr. Lo oyes?
Mosc. Son unos cochinos,
que no me alaban á mí.
Rodr. Mucho de él he presumido,
que cuando le hablé, me habló
con tan grave señorio
y tan rara Magestad,
que á no haber su garvo visto,
le tuviera en su pequeñez
por loco de buen capricho.
Sancho Haced mejor juicio de él.
Leon. Cada vez hallo motivos,
Clara, de quererle mas.
Clara. Ahora con eso salimos?
Sale un Ministro con unos pliegos.
Minist. Señor, *Sancho.* Qué hay?
Minist. Con estos pliegos
viene de casa un Ministro
buscando al señor alcalde.
Rodr. Permitid que vaya á abrirlos.
Sancho. Venid.
Rodr. No, que á mí me importa
ir solo, y asi os suplico,
que os quedeis: Señora, el cielo
en vuestro rostro divino
guarde lo mejor.
Leon. La cortesania admito,
no la lisonja; él os lleve
con bien.
Sancho. Qué os ha parecido
Leonor?
Rodr. Tanto, que el instante
que suspendiéreis remiso
la fortuna por quien muero,
haced cuenta que no vivo. *Vase.*
Sancho. Leonor, entra á disponerte,
que esta noche determino
quedes casada. *Fadr.* Señor
don Sancho, oidme os suplico:
Yo he servido á vuestra hija
desde que á Madrigal vino,
con el mas honesto amor
y el afecto mas rendido,
que se debe á una hermosura.
Sancho. Qué decis?
Fadr. Esto que os digo;
que he querido esté delante,
para que habiendo venido
á este despecho mi amor,
sepa que es constante y fino.
Sancho. Ve aqui lo que son las hijas,
no halla un padre uno al principio,
y en estando concertadas,
brota la tierra maridos.
Fadr. Yo la he servido leal,
y aunque mal correspondido,
en fuerza de ser quien es,
no tanto, que mi cariño

jamás de ser venturoso
quedase destituido.
No soy tampoco hijo de algo,
tampoco estimado y rico,
que no merezca nombrarme
su esclavo y no su marido.
No os digo que me la deis,
teniendo ya á don Rodrigo
dado el sí, solo prevengo
que yo soy aquel que quiso
á la entrada del lugar
matarle, y que si al abismo
baja, han de hacerle pedazos
mis celos, pues mi delirio
no está en parage de que
piense en mas, que en precipicios:
ved lo que os esta mejor,
ó que sea el elegido
yo, ó que muriendo los dos,
le quede al mundo camino
de que ande vuestra opinion
vagando de juicio en juicio. *Vase.*

Sancho. Oid, escuchad: qué es esto,
Leonor?

Leon. Es un desvarío
de un hombre nécio.

Sancho. No habia
bastante (un volcan respiro!)
con aquel Don Juan de Silva,
que los papeles te ha escrito,
sin salir un Don Fadrique
con estotro desatino?

Leon. Señor:–

Ines y Clara. Airado está el viejo.

Sancho. Pues por ese caso mismo
te has de casar luego, luego,
que ya con tales indicios
llega este caso á parage,
que peligre el honor mio:
vete á vestir luego al punto.

Leon. Para qué? *Sancho.* No lo has oido?
para casarte, *Leon.* Casarme
sin mi eleccion?

Sancho. Gusto es mio:
vive el cielo, que ha de ser.

Leon. No hay quien baste á resistirlo?

Sancho. No hay quien baste.

Leon. Si hay. *Sancho.* Quién?

Salen Gabriel y Moscon.

Gabr. Yo.

Sancho. Señor, vos escondido
en mi casa?

Gabr. Vine á veros,
y viéndoos entrar seguido
de Don Fadrique y estotro,
á quien defendió mi brio,
hoy en el campo, me quise
ocultar.

Sancho. Buen arbitrio;
pero qué decis, señor?

Gabr. Que aunque la hayais prometido,
no es mi gusto que caseis
á Leonor.

Sancho. Ved os suplico,
que está mi honor de por medio.

Gabr. Vuestro honor es el que miro.

Sancho. Y mi palabra?

Gabr. No importa.

Sancho. Y el mundo?

Gabr. Este es gusto mio,
Don Sancho, yo he de casarla
en Portugal á mi arbitrio:
yo no quiero que dejeis
en Castilla vuestros hijos.

Sancho. Señor, está bien.

Gabr. Despues
me buscad: Leonor, yo fio,
que hará lo mejor don Sancho,
no teneis de que afligiros. *Vase.*

Leon. Qué es esto, Cielos, qué veo?
posible es que aqui escondido
no hay gran misterio.

Sancho. Leonor,
no he de forzar tu alvedrio,
ya no te quiero casar.

Leon. Y cuando quieras te pido;
que me cases con Don Juan,
pues puede con tu alvedrio
tanto.

Sancho. Qué Don Juan, Leonor?

Leon. Este, señor, este mismo,
que ahora se acaba de ir,
este aquel papel me ha escrito,
aqueste es don Juan de Silva,

Sancho. Tú me harás perder el juicio,
este es hombre que no puede,
Leonor casarse contigo.

Leon. Pues mira como ha de ser,
porque el me lo ha prometido. *Vase.*

Clara. La tortilla se descubre.

Ines. Quién tan gran enredo ha visto!

Sancho. Yo no se que me sucede:
yo prometí á Don Rodrigo
á Leonor, darle la muerte
Don Fadrique airado quiso:
un don Juan la galantea,
que es el rey: este rey mismo
es Gabriel el Pastelero,

que está en mi casa escondido.
Yo la caso y no la caso:
valedme, cielos divinos,
que no sé en que han de parar
tan estraños laberintos. *Vase.*

Salen Maraote, Rodelos, los dos portugueses y Gabriel.

Port. 1. Este memorial me dió
el marqués de Formigueyra.
Port. 2. La provincia de la Veira
asistiros decretó
con tres mil hombres montados.
Port. 1. Aqueste es del de Visèo.
Gabr. Con vuestras noticias creo
que quedarán consolados
mis Portugueses.
Port. 1. Señor,
es tan grande la alegria,
que os espera cada dia
con mayor lealtad y amor.
Gabr. En mi trono me verán
muy aprisa. *Port.* 2. Allá por fé
apenas hay uno, que
no espere al rey Sebastian.
Gabr. Para cuando me halle allá;
Don Juan, vuestra es la encomienda
de Oporto.
Port. Servir pretenda,
quien premios recibe ya.
Gabr. Quién está en Yelves?
Port. 2. Señor,
Don Juan Brito.
Gabr. Don Juan Brito?
dejarle allí solicito:
Yo os doy de Monte-Mayor
el Gobierno.
Port. 2. A mano llena,
señor, honrais mi hidalguia.
Gabr. Vino ya la compañia?
Mig. Si señor.
Gabr. Saquen la cena.

Ponen un aparador grande de plata, y una mesa con mucho adorno; sacan á la Niña y la sientan en una silla, y todos sirven de rodillas.

Mig. En esto no sé si gana
Gabriel. *Gabr.* Miguel.
Mig. Señor.
Gabr. No han traido el aparador
de la señora doña Ana?
Mig. Si.
Gabr. Que le pongan.

Sale don Sancho.

Sancho. Sintiera,
señor el haber tardado.
Gabr. A buen tiempo habeis llegado.
Port. 1. Qué magestad tan severa!
Mig. La princesa.
Gabr. Aqui ha de ser:
quereis vos cenar, mi Aurora?
Niña. Si, padre, aunque soy señora,
tengo gana de comer.
Gabr. Canten, servid.
Sancho. Quién ha visto
pasar tan de estremo á estremo?
á mi propio juicio temo.
Mosc. Absorto estoy, vive Cristo.
Dentr. Musica. Por despojar á Muley
el rey Sebastian murió,
el mundo un héroe perdió
y Portugal un gran rey.
Gabr. Qué dice esa vil cancion?
de caso fatal é incierto,
qué importa, si yo no he muerto,
qué muriese mi opinion?
Solo en la fama espirè:-
si me matò para España
una hazaña, de otra hazaña
Fenix resucitaré:
y á quien me admitiere mal
y á no adorarme se apreste;
haré trozos como este
endurecido metal. *Rompe un plato.*
Sebastian no deshacia,
ya le rompa ò va le fuerza,
cualquier hierro? pues su fuerza
no ven que aun vive en la mia?
Yerro el que me imputan es,
pues deshágale mi mano,
y tiémbleme el castellano,
y témame el portugués;
pues yo :- *Los* 3. Señor::-
Niña. Ay de mi!
Gabr. Hija mia, no lloreis,
no, no temais: no canteis.
Mig. Gustas de que dancen? *Gabr.* Sí
Port. 1. El que rey no le creyere;
venga á tratarle. *Port.* 2. Confieso
que le temí.
Sancho. Aqueste esceso
no le hará quien rey no fuere.
Dentro. Abran aqui á la justicia.
Todos. Qué es aquesto?
Gabr. No os turbeis,
una pendencia he tenido
hoy, y buscarme este ruido
es, vosotros os podeis
por la puerta oculta ir.

Mosc. Ay, que vuelven á llamar.
Gabr. Vosotros podeis quedar,
que aqui no hay para que huir.
Port. Señor, todos moriremos,
si á tu defensa importamos.
Gabr. No os he dicho que os vais?
Los 3. Vamos,
que asi mas servicio hacemos. *Vanse.*
Quitan las mesas, y mu l ı Gabriel de trage.
Rodr. Vayan al suelo. *Minist.* Ya cayò.
Gabr. Quién entra de esta manera
en mi casa (suerte fiera!)
con tan poco modo?
Salen don Rodrigo y Ministros.
Rodr. Yo:
sois Gabriel el Pastelero?
Gabr. Si soy. *Rodr.* Pues qué desacato
es, si como tal os trato,
entrar asi? *Gabr.* Un caballero,
si prende un hombre de bien,
debe prenderle sin ruido.
Rodr. Remediarse no ha podido;
inquirid el cuarto bien,
toda la casa mirad;
y pues con ruido le incito,
á la cárcel callandito
al hombre de bien llevad.
Entranse algunos Ministros.
Gabr. Mirad que soy hombre honrado,
y ved que hoy os he valido.
Rodr. Como Ministro me olvido
del padre que me ha engendrado.
Gabr. Pues como quien sois, que es
en lo que mas me confio,
os reconvengo. *Rodr.* Rey mio,
eso se verá despues.
Sale un Ministro con unas joyas.
Minist. Estas alhajas he hallado.
Rodr. Ricas son, y qué papel?
Minist. Nada. *Rodr.* Sois, señor Gabriel,
Pastelero acomodado.
Gabr. No son mias. *Rodr.* Las señales
lo manifiestan asi;
tomad, no falten aqui,
porque son alhajas Reales.
Sale un Ministro con Miguel.
Minist. Señor aqueste Estudiante
iba á saltar de un balcon.
Mig. Mirad :– *Rodr.* Vaya á la prision,
que allí brincará bastante.
No sois vos un tal Miguel
de los Santos? *Mig.* Ese mismo.
Rodr. Juzgo que en este embolismo
no haceis vos poco papel.
Sale un Ministro con Rodelos.
Minist. Este hombre estaba escondido.
Rodel. Señor pues yo en qué he pecado?
Rodr. A la cárcel con cuidado.
Sale Maravete
Maravet. Quién causa todo este ruido?
Rodr. Prended á esotro tambien.
Sale Moscon.
Mosc. Por dónde podré escapar?
Rodr. No dejeis á ese pasar:
á la cárcel *Sale Catuja.*
Cat. Ay mi bien!
que me llevan á Moscon.
Rodr. Prendan tambien á esa moza.
Mosc. Como la pongan coroza,
yo doy por bien mi prision.
Niña Padre. *Rodr.* Tambien esa niña.
Gabr. La Niña qué ha cometido?
Rodr. Si la llevamos sin ruido,
no habrá porque usted nos riña.
Minist 1. Todos á la cárcel luego:
señor, papeles he visto.
Rodr. Cogerlos, p'éguete Cristo.
Mosc. Parece cosa de juego:
Jesus que enjambre que vamos!
Gabr. Ved que soy, señor Alcalde,
mas que pensais. *Rodr.* Ea llevadle;
ahora en eso nos paramos?
Pastelero os hallo acá,
yo obro Ministro severo,
si sois mas que Pastelero,
en la cárcel se verá.

JORNADA TERCERA.

Corren la cortina, y habrá una mesa con recado de escribir y campanilla, y Don Rodrigo estará sentado en el centro y á un lado un escribano y Ministros.

Rodr El Rey pone á mi cuidado
un árduo negocio, tal,
que España no le vió igual
en este ni otro reinado.
Que yo me desvele es ley,
hasta que le satisfaga,
y ni aun asi no se paga
la confianza de un rey.
Ya á la señora doña Ana
tomé su declaracion,
con la debida atencion
á muger tan soberana:
pero me tiene admirado,
temeroso y vacilante,
en caso tan importante,

las cosas que ha declarado.
Muger de virtud tan rara,
tal sangre, tal santidad,
cosa que no sea verdad,
no dijéra ni jurára:
y las que hasta ahora van
escritas (rigor severo!)
prueban que este Pastelero
es el rey don Sebastian.
Si se cree á tal persona,
y á lo que presume el mundo
pierde Felipe Segundo
la portuguesa corona.
Pues no he de dejar indicio
de este embuste, este secreto;
si yo fuera muy discreto;
ya hubiera perdido el juicio.
Rodelos: ola llamad
á Rodelos *Ministr.* Ya está aquí.

Sale Rodelos con grillos.

Rodr. Que hay? cómo os hallais asi?
Rodel. Con poca comodidad.
Rodr. Yo lo creo, que no es bueno
andar de salto y de error.
Rodel. Muy malo es traer, señor,
las espinillas con freno.
Rodr. Yo haré que os alivien de él,
si la verdad me decis;
cuánto tiempo ha que servís
al Pastelero Gabriel?
Rodel. Un año.
Rodr. Y qué habeis notado
lo que ha que le habeis servido?
Rodel. Que el está rico y lucido,
que anda siempre bien portado,
sin tener gage ni renta,
y en un continuo misterio;
que ya tratable, ya sério,
unas veces representa
ser Pastelero, otras Duque,
que á cualquiera vuelve loco,
Rodr. Seor Rodelos, poco á poco,
no sea que me trabuque:
venid acá, este Pastelero
es aváro? es codicioso?
Rodel. Antes es tan generoro,
que desperdicia el dinero.
Mucho antes que entrase yo
tuvo, señor, dos criados,
y con doscientos ducados
el uno se le escapò.
Cierto amigo que tenia
le dijo, hacia muy mal
en no cobrar su caudal;
y él con grande bizarria
dijo, jamas le haré daño
si á la vista se me ofrece,
que mayor paga merece
quien logró servirme un año.
Rodr. Con qué espiritu y valor
no viven en el en valde?
Rodel. Me quemen, señor Alcalde,
si él no fuere gran Señor:
y aun yo—
Rodr. Diga sin afán,
descubra, amigo, mas luz.
Rodel. Juraré a Dios y á una Cruz,
que es el Rey Don Sebastian.
Rodr. Tambien esta loco, amigo,
como lo está ese pobrete.
Rodel. Yo apuesto, que Maravete
confirma lo que yo digo.
Rodr. Ya lo veremos, andar:
Maravete.

Vase Rodelos y sale Maravete.

Minist. Alla va eso
Rodr. Qué hay? cómo estais?
Marav. Señor, preso
Rodr. Me pesa. ***Marav.*** Echarlo á rodar.
Rodr. Qué tiempo habrá que á Espinosa
servís? ***Marav.*** Habrá un año entero.
Rodr. Qué sabeis de este embustero?
Marav Señor, maldita la cosa;
porque siendo su Locutorio
de la señora doña Ana,
ó á otra parte el; que no es rana,
porque no fuese notorio
su tratado ó su secreto,
siempre en casa nos dejó,
ninguno le acompañó.
Rodr. Con efecto? ***Marav.*** Con efecto,
solo un dia me quedé
en su cuarto y me escondí,
y entrar dos personas ví,
y segun lo que observé,
un Obispo parecia,
y á otro llamaba Marqués.
Rodr. Gabriel de Espinosa? ***Marav.*** Pues,
Rodr. Y ellos con qué cortesia,
qué trato ó qué urbanidad
con Gabriel despues hicieron?
Marav. El trato que allí le dieron
ambos, fué de Magestad;
y en lo bizarro, y lo atento,
lo cortés y lo entendido,
yo le tengo conocido.
Rodr. Mirad que vayais con tiento.
Merav. Que no, que le tengo yo,

bien visto, el es Portugues,
y el Rey Don Sebastian es,
que en Africa se perdió.
Rodr. Què decís? *Marav.* Esto qué digo,
y lo juraré á porfia
á Dios y á Santa Maria.
Rodr. Id con Dios: otro testigo.
Vase Maracete, y sale Moscon.
Minist. Moscon.
Rodr O señor Moscon?
venis apesadumbrado?
Mosc. Señor, traigo aquí encajado
un Acto de Contricion.
Rodr. De Contricion? cómo así?
Mosc. Como aunque tenga disculpa;
por mi culpa, por mi culpa
me pese de estar aquí.
Rodr. A qué encierro os envié?
Mosc. A uno en que hay tantos ratones,
que me engullen los calzones,
porque sienten no sé qué.
Rodr. Ahora bien, vos sois criado
de Espinosa el mas querido,
decid qué os ha sucedido
lo que há que andais á su lado?
Mosc. No lo declaró Catuja?
Rodr. Qué Catuja?
Mos. Aquella moza
pretendiente de coroza
por los meritos de bruja.
Rodr. Pues esa, dime, qué vió?
Mosc. Mas que yo: no estaba allí?
Rodr. Ola, Catuja. *Minis.* Entra ahí.
Sale Catuja.
Cat. Loado sea el que crió
el sapo sin coyuntura,
el hombre en forma de cá,
la muger lampiña, y la
calabaza sin costura.
Rodr. Estraña salutacion.
Mosc. Ya que está la gente junta,
forme usasté su pregunta.
Cat. Haga su interrogacion.
Rodr. Supuesto que habeis servido
á Gabriel el Pastelero,
que me hagais patente quiero,
qué habeis visto y entendido
de su trato y de su obrar.
Mosc. Tocante á Pasteleria,
no es de la incumbencia mia.
Cat. En eso debo yo hablar.
A mí con ese cuitado
me recibió allá en Medina,
y esto con la alicantina
de estar todo á mi mandado.
La Pasteleria se puso,
trajo este Oficial Gabriel,
que el jamás tomó pastel
en mano.
Rodr. Yo estoy confuso.
Cat. Antes el pastel que habia
de valer tres cuartos, daba
por dos, y esto lo mandaba,
que el en la Pasteleria
jamás entró, ni hubo indicio
de que allí le viese un hombre.
Rodr. Con que él solo para el nombre
vino á tener el oficio?
Cat. Si señor, pues la chiquilla,
esa es otra.
Rodr. Es de Gabriel?
Cat. No puede negar que es de él,
es cosa que maravilla.
Yo la he criado, señor,
y si no está arrodillada,
no toma de la criada
la comida, es un horror.
Si no hay plato es menester
hacerle de cualquier cosa,
es damisima y hermosa,
y cuando la quieren ver,
parlar con mucha alegria,
donosura y gravedad,
dénle Alteza ó Magestad,
verán que aquel es su dia;
si no, dá gritos crueles.
Rodr. Y quién es su madre, dí?
Mosc. Aqueso me toca á mí
que esos son otros papeles.
Clara la que en casa está
de Don Sancho Basconcelos
con Leonor::-
Ròdr. Qué escucho, Cielos! *ap.*
Mosc. Fuése á acomodar allá,
porque la engañó en Medina
Gabriel, ofreciendo vano
darla al instante la mano.
Ella con esta pamplina
una noche le dió entrada,
siendo, aunque humilde, muy bella,
con que anocheció doncella,
y remaneció preñada.
Parió, entrególe á Gabriel
la niña que habia parido:
él por no ser su marido,
huyó á Madrigal; tras él
vino Clara, acomodóse
con Don Sancho, como digo,

donde por su mal, testigo
sus celos remienda y cose;
pues con nombre de Don Juan
halló el Gabriel que buscaba,
que á Leonor enamoraba
muy ufano y muy galan:
y ella, muy pagada de él,
la daba humo de narices.
Rodr. Qué dices, hombre, que dices?
habrá suerte mas cruel!
quién es el Don Juan que cuentas?
Mosc. Es Gabriel el Pastelero.
Rodr. Y amaba á Leonor? (qué espero!)
Mosc. Hay otras mil y quinientas.
Rodr. Habla pues, pasa adelante.
Mosc. Nada ha de quedar por Cristo.
Rodr. En toda mi vida he visto
embolismo semejante.
Mosc. Este Gabriel ó Don Juan,
ó Señor ó Pastelero,
ú Oficial ó Caballero,
es el Rey Don Sebastian:
Portugueses han venido
á servirle y á adorarle,
á plañirle y á llorarle;
cada dia echa un vestido,
una joya una presea,
y á quien de cerca le mira,
encoge turba y admira,
y no es posible que sea
sino es Rey, en su hidalguia,
en su trato amable y fiel;
lo demás solo Miguel
lo sabe. *Cat.* Oye Useñoria,
antes que este picaron
de su presencia se vaya,
presento ante usté mi saya
en grado de apelacion.
Rodr. Tu saya, para qué efecto?
Cat Para que aqueste malvado
esta conmigo casado
de secreto. *Rod.* De secreto?
Cat. Si señor: pero tan grave,
que el que se llegó á casar
lo sabe todo el Lugar,
mas la Iglesia no lo sabe;
mi honra pido.
Mosc. Mi honra pido?
que esta pícara embustera
me levanta esta quimera.
Cat. Señor. *Mosc.* Señor.
Rodr. No hagan ruido.
ola. llevadlas afuera.
Minist. Vengan...
Cat. tengo de gritar.
Mosc. Yo me habia de casar
con la puerca Pastelera?
vaya que es un aranñél.
Cat. Tú me buscarás, tramposo,
que siempre andar es forzoso
la mosca tras el pastel. *Vanse.*
Rodr. En cada paso que ofrece
averiguacion tan nueva,
en este hombre se comprueba,
que es mas de lo que parece.
Hombre sin garvo y honor,
sin espiritu (accion rara!)
muy gallardo, no intentára
servir y amar à Leonor;
pero hombre que de bien fuera,
de nobleza y proceder,
à tan humilde muger,
como Clara, no quisiera.
El es de ruines acciones,
pues obra con tal vil modo:
vive Dios, que el caso es todo
dudas y contradiciones.
Ahòra bien, no hay que apelar
sino es aqueste Miguel,
si algo no se saca de él,
no hay senda por donde echar.
Miguel. *Sale Miguel.*
Mig. Miguel está aquí.
Rodr. Pésame de veros preso.
Mig. No os de pesadumbre de eso,
pues que no me la da á mí.
Rodr. Con toda conformidad
llevais del rigor la ley.
Mig. Venero el gusto del Rey.
Rodr. Pues decidme una verdad
por su amor
Mig. Es mi interés.
Rodr. Quién este Pastelero,
que hoy prendí?
Mig. Verdad refiero,
el Rey Don Sebastian es.
Rodr. El Rey Sebastian?
Mig. El Rey.
Rodr. Quién os lo asegura á vos?
Mig. El mundo lo dice y Dios.
Rodr. Dios? *Mig.* Yo lo oí.
Rodr. Dura ley:
teneis vos revelaciones
para de él haberlo oido?
Mig. Hombre soy, y hombres han sido
los que por sus oraciones
tales dichas alcanzaron.
Rodr. Otros méritos hicieron,

ni enredaron ni mintieron.
Mig. Es que como yo callaron.
Rodr. En qué decid, habeis fundado
ser este el Rey Sebastian?
Mig. En estas señas que os dan
mi atencion y mi cuidado.
Cuando el Rey de Africa vino,
estaba yo en Portugal,
por sugeto principal,
y disfrazarme convino;
porque el que hace esta invencion,
en mi ha embozado el sugeto,
por observar el respeto
de una Sacra Religion.
Dijose públicamente,
que el Rey Sebastian habia
oido misa cierto dia
en Cabo de San Vicente,
en un descalzo convento,
y cuando de allí salió
un hombre pasar le vió,
á quien le pidió sediento
agua, que él arrodillado
le sirvió, y véndole á hablar,
el Rey le mandó callar.
Rodr. Y antes cómo habia pasado
desde Africa á Portugal?
Mig. A la conducta y consejo
de Diego de Mesa el viejo,
de su armada General;
vióle embarcar Luis Dopozo
de una antorcha á la luz clara,
que pudo verle la cara
á un descuido de su embozo.
Rodr. Y ya en España por qué
ocultarse asi ha querido?
Mig Viendo su Reino perdido,
fuerza el ocultarse fué.
Rodr. No era mas segura accion
darse al Rey á conocer?
Mig. Ahora lo puede hacer,
que ha llegado la ocasion.
Rodr. No es buen modo sublevar
á Portugal para eso.
Mig. Eso es lo que no confieso,
ni vos lo podeis probar.
Rodr. Si sé yo que cada dia
á verle vienen y van.
Mig. Parientes suyos serán
venle por cortesanía.
Rodr. Y para ser Pastelero
(oficio de los mas bajos)
qué le obliga?
Mig. Sus trabajos,
que harán de un Rey un cochero;
Labrador fué Diocleciano,
maestro otro emperador
de niños.
Rodr. Qué linda flor!
letras me gastais, hermano?
Mig. Letras gasto y letras sé.
Rodr. Ya sé que sois gran letrado:
mas conmigo habeis topado,
y yo os las entenderé;
id con Dios.
Mig. Voyme, y os digo :-
Rodr. Qué?
Mig. Que hay Dios, ya lo sabeis,
la gravedad conoceis
de este caso, Don Rodrigo;
id con tiento, pues á vos
de este juicio han de juzgaros.
Rodr. Miguel, despues de ahorcaros,
yo me lo avendré con Dios:
ola, venid, Escribano,
el calabozo me abrid
del Pastelero. *Vanse.*
Salen Gabriel y Moscon.
Gabr. Salid,
suspiros, al aire vano,
á templar la ardiente calma
del que manifiesto.
Mosc. Mira en lo que nos has puesto,
los diablos lleven tu alma.
Gabr. Moscon, qué te ha preguntado
el Juez? dime lo que ha habido.
Mosc. El poco me ha persuadido,
mas yo todo lo he contado.
Gabr. Pues que tuviste:-
Mosc. Canela
Gabr. Qué contar? dura porfia!
Mosc. Lo de la Pastelería,
y lo de la callejuela.
Gabr. Y cómo lo tomó el Juez?
Mosc. Pues no es forzoso que cruja,
y mas de ver, que Catuja
me pida su doncellez?
Gabr. Mucho el salir me fatiga
de caso tan sin igual.
Mosc. Señor mio, por su mal
nacen alas á la hormiga.
Gabr. Mi espíritu arrebató
mi juicio, el pecho lo siente.
Mosc. Cada uno se contente
con ser lo que á ser nació.
Ay! *Gabr.* Qué es eso?
Mosc. Es un raton
de los que vienen y van,

que me ha olido el cordoban,
y me ha engullido un talon.
Gabr. Airada fortuna mia,
qué es lo que quieres de mi?
Salen Don Rodrigo, el Escribano y un Page con luz.
Rodr. Entrad: quién se queja así?
Gabr. Del modo una fantasía
y una imágen de la Luna,
una ilusion del poder,
que solo ha nacido à ser
juguete de la fortuna.
Rodr. Con gran magestad refiere
sus lamentos hombre honrado.
Gabr. Cada uno puede en su estado
quejarse como quisiere.
Rodr. Qué importa que un Pastelero
esté preso?
Gabr. Al mundo nada;
pero al preso no le agrada
y se queja.
Rodr. Aliviar quiero
esos suspiros que me dais,
si la verdad me decis.
Gabr. Preguntad, si á eso venis.
Rodr. Quién sois?
Gabr. Pues eso dudais?
el Pastelero Gabriel
de Espinosa.
Rodr. De Espinosa?
se yo que es muy bien otra cosa.
Gabr. Pues sabreis mas que no él.
Rodr. Vuestro proceder atento,
vuestro obrar prudente y grave,
en hombre comun no cabe.
Gabr. Señor Alcalde, con tiento:
Venis prevenido bien,
mas no os temeré, por Dios,
fulleros somos los dos,
á ver quién engaña á quien.
Rodr. Todo eso es disimularse,
y hombre ruin querer hacerse,
y pues no puede esconderse,
no vale mas declararse?
El Rey, atento á la ley
es fuerza que justo sea.
Gabr. Pues llèveme á que me vea,
que bien me conoce el Rey.
Rodr. Cayó; si es tan conocido
del Rey, cómo es Pastelero?
Gabr. Es que fui su cocinero:
levánteme si he caido.
Rodr. Y un cocinero no mas
tiene?
Gabr. El alcalde no es rana? *ap.*
Rodr. De la señora Doña Ana
estas joyas? *Gabr.* Muchas mas
me dió su alteza á vender;
pues yo la suelo servir,
y á la Corte ir y venir
á lo que me manda hacer.
Rodr. Y estas cartas en que os dan
Magestad, y han declarado
oficio, nombre y estado?
Gabr. En vuestro poder están.
Rodr. No las veis?
Gabr. No son á mí,
que yo aunque soy hombre honrado,
ni soy Rey ni lo he soñado.
Rodr. Infame ya os convencí,
ya lo que sois declarais,
no hay que mirarme severo,
enredador, embustero.
Gabr. Don Rodrigo, cómo hablais
de esa suerte?
Rodr. Señor:- yo:-
si:- ya:- en vano me resisto.
Escrib. Què es aquesto? vive Cristo,
que el Alcalde se turbó!
Rodr. Escribano, oid distante;
habeis sus señas tomado?
Escrib. Bien, señor, las he notado.
Gabr. Ya me ha mirado bastante,
no teneis que recelar.
Escrib. Qué es esto? nos llegó á oir.
Rodr. No es posible.
Escrib. He de inquirir
si tiene algun familiar.
Gabr. No, no le tengo.
Rodr. Otra vez?
Escrib. Señor, yo estoy aturdido.
Gabr. Tratad de obrad advertido,
que es lo que toca á un buen Juez;
envie á reconocerme
el Rey antes de juzgarme,
que para poder librarme
sabré con él entenderme.
No os precipite el ser mozo,
que si no sabeis obrar,
quizás vendreis á parar
á este mismo calabozo. *Vase.*
Rodr. Venid que á lo que yo infiero,
ó este es hombre de linage,
ó él es un gran personage,
ó no soy yo Caballero. *Vanse.*
Salen Don Sancho y Don Fadrique.
Fadr. Señor Don Sancho, aunque tengo
vuestra cordura ofendida,

bástame el pedir perdon,
y el que es la culpa tan digna.
Ser vuestro esclavo intentaba,
y espero que lo consiga
la voluntad sin la fuerza,
que una sirve y otra irrita,
Sancho. Nada, señor Don Fadrique,
me espanta ni maravilla,
y mas en una pasion;
tambien fui mozo algun dia:
Lo que me admira de vos,
es solo, que un medio elija
tan estraño un caballero;
templad vuestras bizarrias,
que una mujer no es castillo,
que lidiando se conquista.
Fadr. Ya os digo, señor que erré,
y que espero := *Sancho.* No prosiga
vuestra atencion, yo he dejado
en libertad á mi hija,
ella hara lo que gustáre.
Fadr. Y yo en lo que mas os sirva:
ya quedais en vuestra casa,
guárdeos el Cielo: ay divina
Leonor, que en vano pretende
un infeliz tener dicha! *Vase.*
Sancho Ola.
Salen Leonor, Ines y Clara.
Leon. Señor, á quién llamais?
Sancho. Ay Leonor! ay hija mia!
quien quieres que llame á quien
de algun vado á mis fatigas,
si es que hay en el tolerarlas
mas alivio que sentirlas.
Leon. Tanto te debe, señor,
(ay de mi!) Don Juan de Silva,
que porque le tengan preso
te aflíges así?
Clara. Ansias mias, *ap.*
disimulemos.
Sancho. Si tú
supieras lo que me obliga
á sentir que le maltrate
el rigor de la justicia;
y si supieras quien es
ese Gabriel ese enigma.
y ese Don Juan que tú llamas,
de otra suerte sentirias
mi dolor; pero quién es?
Sale Don Rodrigo.
Rodr. Quien en fé de cuanto fia
de vuestra atencion, señor
Don Sancho, se determina
á entrarse sin avisar
en vuestra casa.
Sancho. La mia
es vuestra, y en la que es propia
siempre es fuerza que reciban
al dueño como el gustáre.
Rodr. Aunque es á vos la visita,
hermosa Leonor, os pido
que por vos me la reciba
la señora Clara.
Sancho. Quién?
Rodr. Clara, que con esa niña
traigo cierta dependencia.
Sancho. En mi casa?
Leon. A criadas mias
dependencias vos? *Rodr.* Y tal,
que á no estar, Leonor divina,
de por medio vos, ya hubiera
ido á otra parte á inquirirla;
este es servicio del rey:
cosa que el pecho imagina
tan propia como esta casa;
no ha de querer que no viva
muy airoso, y que no deje
de hacer la obligacion mia.
Sancho La mitad de esas razones
sobran á quien solicita
servir al rey y á vos: vete,
Leonor.
Leon. Quedarme escondida
resuelvo.
Retirase al paño con Ines.
Clara. Qué es esto, Cielos!
Sancho. Sola queda, persuadirla,
examinadla y haced
todo lo que el cargo os insta. *Vase.*
Clara. Válgame Dios!
Rodr. No os turbeis,
que como digais, querida,
la verdad, esto no es nada.
Clara. Yo procuraré decirla.
Rodr. De dónde sois?
Clara. Yo, señor,
soy natural de Medina.
Leon. Ya la empieza á examinar.
Rodr. Engañada y persuadida
de Gabriel el Pastelero,
fingido Don Juan de Silva,
en Madrigal no le hicisteis
(nada aqui se calla, niña)
dueño de vuestra honra?
Clara. Es cierto,
Leon. Qué es lo que escucho, fatigas!
Clara es Dama de Don Juan?
Ines. Lo que se descubre! chispas.

Rodr. De esta comunicacion
no tuvisteis una hija?
Clara. Si señor, Juana se llama.
Leon. Esto mas!
Clara. Y en harto impía
estrella nació, inocente
testigo de mis desdichas.
Rodr. No os aflijais, que ahora no hay
para que; ella está muy linda
y muy buena. *Clara.* Con palabra
de que mi esposo seria,
me rendí á ese falso amante.
Leon. En buena estoy yo metida.
Clara. Huyendo me vine de él
á estar aqui recogida.
Leon. A donde con su galan
me engañaba á letra vista.
Ines. Me alegro, para que veas
por quien me dejabas, mira.
Rodr. Y decid este Gabriel;
pues claro está os fiaria
sus secretos, tiene traza
de ser de honrada familia?
Clara. Señor, èl obró conmigo
estrañas galanterias,
siempre dándome esperanzas
de hacerme muy noble y rica,
y cuando que se casase
conmigo le proponia,
suspiraba y espresaba,
que á ser yó de esfera altiva,
no tuviera inconveniente.
Leon. Yo estaba muy bien vendida;
miren de quien me fiaba.
Clara. La chiquilla?
Rodr. La chiquilla
tomo yo á mi cargo, Clara.
Clara. El cielo os dé mucha vida
por lo que me hourais, señor,
Rodr. Callad, y nadie perciba
lo que hemos tratado aqui.
Ines. Señora, estoy atordida.
Rodr. Ha de casa; esto está hecho:
Salen don Sancho, Leonor é Ines.
esta muger deposita,
señor don Sancho, mi celo,
para cuando yo os la pida,
en vuestra casa.
Sancho. A mi cargo
queda. *Rodr.* Vos, Leonor divina,
perdonad, que sea forzoso
obrar asi á vuestra vista.
Leon. Aseguroos, que antes tengo
que quedar agradecida
á esta diligencia. *Rodr.* Y mas
obligada quedariais,
si de esa muger supiérais
quien es:-
Leon. Quién?
Rodr. Don Juan de Silva,
para que sepais con eso
lo que os debeis á vos misma.
Leon. De él estoy desengañada,
y ella ya está conocida:
ven, traidora.
Clara. Sabe el cielo,
señora:- *Leon.* Nada me digas.
Ines. Ande, que es una gazmoña:
mal haya quien no la pringa. *Vanse.*
Rodr. Señor don Sancho, estas raras
diligencias esquisitas,
hácia Gabriel de Espinosa
son, ya tengo recibida
órden del rey, en que manda,
que en estando concluida
la sumaria, luego al punto
se haga en Gabriel justicia.
Sancho. Qué decis?
Rodr. Esto que os digo.
Sancho. Sin mas pruebas?
Rodr. Hay infinitas
para su condenacion;
solo á lo que va se tira
es, que cómplices descubra
de esta traicion y malicia:
él cantará en un tormento,
y al instante que nos diga
lo que fuere menester,
se le entrará en la Capilla.
Sancho. Ay de mi! ved don Rodrigo,
que es barbara tirania;
á un rey se le da asi muerte?
Rodr. Qué rey? este hombre delira.
Sancho. El es el rey Sebastian;
ó yo perderé la vida.
Rodr. Tambien sois vos de los ciegos
que tienen esa mania?
Sancho. Digo, que es:-
Rodr. Callad, Don Sancho.
Sancho. El rey.
Rodr. No la voz prosigas,
que si os oyen, vive Dios,
que aunque tengais dos mil hijas,
no lo podré remediar.
Sancho. Mientras que no se averigua
otra cosa, he de creer,
que es el rey.
Rodr. Vamos aprisa. *Vanse.*

Sale una Sombra con una hacha, y Miguel á una reja preso.

Mig. pálida triste sombra fria,
que hurtando un claro desperdicio al dia,
en sus rayos te anegas,
y me alumbras al paso que me ciegas,
qué me quieres? *Somb.* Advierte,
que faltan pocas horas á tu muerte;
confiesa la verdad de tu delito,
declara humilde, morirás contrito,
que quiere Dios desengañar al mundo,
y que un Felipe, en todo sin segundo,
una por su decreto soberano
el cetro Portugués al Castellano:
Miguel, confiesa. *Vase.*
Mig. Espera, aguarda, tente,
pavorosa ilusion, no velozmente,
si al aire tu ardor sube,
te cuajes llama y te deshagas nube.
Válgame Dios! qué he oido?
piadoso aviso el de este sueño ha sido:
no quiera Dios, que en tan dudosa calma,
pues pierdo el cuerpo, se aventure al alma,
Dios favorece el cetro de Felipe,
pues mi vez á su logro se anticipe,
para que vea el Cielo, el Mar, la Tierra,
la vez que un hombre yerra,
la mas rara traicion que á un rey se hacia
de donde muere a donde nace el dia.
ya el desengaño sigo,
otro es mi corazon; ha Don Rodrigo.
Sale don Rodrigo.
Rodr. Quién de este centro clama?
Mig. Quien á decirte la verdad te llama:
yo quiero confesar públicamente
mis delitos. *Rodr.* Espera, pues hay gente,
que quiero que declares con testigos,
y aun con Gabriel delante: entrad, amigos
traed todos los presos
de esta cárcel. *Mig.* Venid, y los escesos
escuchareis de un hombre, que ha faltado
á su rey, á su patria y á su estado.
Salen don Sancho, Miguel, Moscon, Rodelos y Maravile.
Todos. Ya todos te escuchamos;
todos atentos a tu voz estamos.
Rodr. Traed de la capilla en que ya ha entrado
á Gabriel que aunque el término ha llegado
de su hora postrera,
quizás dirá verdad antes que muera.
Sale un ministro con Gabriel.
Minist. Aqui está.
Gabr. No han de hacerme, *ap.*
que declare quien soy; á conocerme
envia el rey ahora
él sabe quien yo soy, que no lo ignora.
Mig. Gabriel, ya llegó el dia
de olvidar el error de esa manía,
di tú verdad, y yo decirla ofrezco.
Gabr. No soy rey pero soy mas que parezco.
Mig. Portugués soy de nacion,
y hombre de las reverendas,
que sabe el mundo, y se callan
por respeto y por decencia.
A don Antonio el bastardo
de Portugal, en mi tierra,
tan de adentro le traté,
que no hubo cosa secreta
que no me fiase, y tanto,
que viéndome en tan estrecha
amistad, su confesor
me llamó la gente nuestra.
Desde que el rey Sebastian
(que hoy coronado de estrellas
yace pisando záfiros)
mártir de la santa guerra
murió, entrando el de Castilla
por derecho, por herencia
y por justicia en el reino,
no pude llevar que fuera
rey de Portugal quien fuese
Castellano; que esta ciega
vanidad, esta insufrible
desatinada soberbia:
en todos nosotros vive
lo que ha que el de España reina.
Andaba yo imaginando
como una traza tuviera
de usurparle al gran Felipe
la corona Portuguesa:
y estando yo en Madrigal
en servicio y asistencia
de la señora Doña Ana
de Austria, admirable Princesa,
cuya virtud y piedad
la fama ha de hacer eterna;
vino Gabriel de Espinosa
al lugar, en cuyas señas,
rostro, edad, costumbres, voz,
gravedad, traza y presencia,
hallé cuanto yo buscaba,
pues parece que mi idea,
por mi mal adivinando,
la docta naturaleza,
del perdido Sebastian
le hizo una copia perfecta.
Al instante que le vi,
propuse que el medio fuera

de mi intencion: empecéle
á tratar, y entre las veras
mezclando tal vez las burlas,
le pinté las conveniencias,
que de fingir ser el rey
el seguírsele era fuerza.
El que de genio nació
inclinado á cosas nuevas,
como en fin hombre de vulgo,
me creyó, y fué tan de veras,
que al instante se trató
con tal fausto y tal grandeza,
que aun á mi pudo engañarme;
y yo, en virtud de sus prendas
á la señora Doña Ana
pervertí á que lo creyera,
que como frágil mujer,
y hombre yo de astucia y ciencia,
lo supe trazar de forma,
que entró luego sin violencia
á tratarle como rey,
á llenarle de preseas,
de regalos y de bienes;
ya lo llora y ya lo pena.
No era mi intencion el que él
reinase, que era bajeza,
que pense yo mi juicio
en que á nacion tan soberbia;
tan vana, como la mia,
un hombre ruin mereciera
mandarla y ceñir injusto
la Lusitana diadema.
Mi idea fué sublevar
con la rara estratagema
de ver á Sebastian vivo,
el reino, y cuando estuviera
en estado, don Antonio
sentarse en la silla régia?
dando muerte á este infelice,
instrumento de esta empresa.
A este efecto fingí cartas,
solicité que vinieran
portugueses á tratarle:
hice: – *Gabr.* Suspende la lengua,
hombre vil; infame causa
de mi muerte, cesa, cesa,
que á no haberte condenado
tú, jamás sabido hubieran
esta verdad, y en el mundo
quedara con fama eterna
el Paastelero Gabriel:
mas si la verdad confiesas,
sepan quien soy, ya que saben
lo que obre en lo que tú cuentas.

Natural soy de Toledo,
de tan baja descendencia,
que me hallaron arrojado
á las puertas de la Iglesia
mayor, mi primera infancia,
sin doctrina y sin escuela,
pasé criado de un fraile,
que cuidaba una bodega.
Reñí con el cierto dia,
y del arte de la seda
queriendo seguir el rumbo,
fui en aquella ciudad misma
tegedor de terciopelos,
de rasos, sargas y felpass
todo me pareció poco.
Quise inclinarme á la guerra,
y fuime siendo tambor
á Vizcaya, donde apenas
llegué, cuando me arrojó
del oficio otra pendencia,
en que deje á mi sargento
sin la mitad de una oreja.
Paséme luego á Alicante,
donde en una hermita nueva,
que á la sagrada Maria
labró la ciudad, en muestra
de estar muy quieto, me púse
(no con segura conciencia)
á Hermitaño y Sacristan;
no hice mucha estancia en ella,
que una noche me escapé,
y fuí á parar á Valencia,
á donde fui pregonero,
hasta que mi suerte adversa
Oficial de Pastelero,
me hizo en Castilla la vieja.
No hay vil oficio, que no haya
tenido; pero no hay prenda
que yo no haya malogrado.
Yo con la blanca y la negra
no hay maestro que no rinda:
hago hablar una vihuela;
blandiéndola hago una lanza
en el aire leves piezas;
ando á caballo de forma,
que poquísimos me llegan.
Si soy galante y valiente,
bien lo publican las muestras;
mas qué importa, si malogro
estas virtudes escelsas
con ser tan gran embustero?
que si hubiese competencia
de enredadores, ganára
yo la cátedra primera.

Y pues este es el postrero;
porque la justa clemencia
de Dios tiene prometido
no encubrir nada á la tierra;
un crímen contra mi rey
tan grave, no es bien que tenga
dilacion en el castigo,
pronunciada la sentencia.
La muerte os pido no anhelo
piedad, pues sé que me espera
el gran Dios, cuya virtud
ningun pecador desprecia;
al rey le pido perdon,
y á todos, pecho por tierra:
llevadme á morir. *Rodr.* Llevadle,
pues lo pide tan de veras.
Gabr. Claro está, que aunque otra cosa
en este éstado dijera,
no era facil ser creido:
muy bien engañados quedan *ap.*
Rodr. Pues no has dicho la verdad?
Gabr. La verdad no hay quien la sepa,
sino es Dios: viera yo al rey,
que él la verdad os dijera;
mas soy de lo que parezco.
Rodr. Ahora volveis a esa tema?
id por Clara, á quien le debe
su honor, cásese con ella
antes que muera. *Gabr.* Si haré,
solo por ennoblecerla. *Vase.*
Rodr. Llevadle, *Todos.* Caso espantoso!
Rodr. Miguel en la carcel queda.
Mig Mientras que llega mi hora,
clemencia, Señor, clemencia. *Vase.*
Rodr. Vosotros, que estais sin culpa,
fuera todos. *Todos.* Todos fuera.
Sancho. Absorto voy; mas no obstante,
lo que ambos á dos confiesan,
él es el rey Sebastian,
no me haran que no lo crea.
Todos. Ya le sacan al suplicio.
Rodel. No quiero ver su tragedia.
Todos. Hoy es dia de ahorcado,
pues á la fiesta, á la fiesta. *Vanse.*
Salen Leonor y los portugueses.
Leon. Señores, no está mi padre
en casa. *Los* 2. Pues á que venga
permitireis que esperemos.
Ines. Ya sube por la escalera,
ahora vienen por Clara,
y á la cárcel se la lleva
un ministro. *Leon.* Alguna cosa
tendrá que decir en ella;
aquí podeis esperaros, *Vanse las dos*
Los 2. Admitimos la licencia.
Sale don Sancho.
Sancho. Cielos Santos (qué desdicha!)
dónde esconderme pudiera?
Port. 1. Señor Don Sancho, hoy llegamos
á Madrigal á dar cuenta
al rey, de que quedan ya
seis plazas á su obediencia.
Port. 2. Veinte mil hombres con armas
en la provincia le esperan
de Tras los montes. *Port.* 1. Y junta
en Evora la nobleza,
le aguarda con la alegria,
júbilos, ánsias y fiestas.
Port 2. Dónde iremos á encontrarle,
y á darle estas buenas nuevas?
Port. 1 Quién será el dichoso, que
ganar las albricias pueda?
Port. 2. A esto os inquiere mi celo.
Port. 1. A esto os busca mi impaciencia.
Sancho. Ya es tarde, porque habrá dado
el alma á las horas de esta.
Los 2 Qué decis?
Sancho. Que en vil suplicio,
nuestra trama descubierta
habrá pagado a estas horas
nuestra culpa su inocencia.
Port. 1. San Antonio de Lisboa
me valga. *Port.* 2. El me favorezca.
Los 2. Pues cómo fué? *Sancho:* No es ahora,
tiempo de que se os detenga.
que correis mucho peligro;
idos, señor Mascareñas,
señor Basco, en Portugal
publicareis su tragedia.
Port. 1. Ay de Castilla si alcanza
á saber, que en tal afrenta
ha muerto el rey Sebastian,
nuestra nacion Portuguesa! *Vase.*
Port. 2. Si el ha sido el que pensamos,
será España Troya nueva. *Vase.*
Salen don Fadrique y don Rodrigo.
Fadr. Raro valor! *Rodr.* Prodigioso.
Fadr. Hasta la hora postrera
sus embustes y preñeces
no cesaron. *Sancho.* Ya no resta
mas, que callar y sufrir,
téngase por quien se tenga.
Rodr. Dos veces estando ya
para arrojarle, con fuerza
estraña y valor no visto,
me llamó con voz tremenda.
Fadr. Dicen que quiso citaros
ante Dios. *Rodr.* Poco tuviera

que temer, de quien se sabe,
aunque gente ruda y nécia
siempre juzgará al contrario,
que era hombre de bajas prendas,
que urdió tan estraño embuste.
De Miguel queda suspensa
la causa hasta otra ocasion,
en que su muerte le sea
escarmiento á mas de dos;
y ya se dió penitencia
á la señora Doña Ana
y sus criadas: que llevan
con suma resignacion:
Clara con su hija quedan
en un convento, despues
que casó Gabriel con ella.
Salen Moscon, Rodelos, Maravete y Catuja.
Todos. Y libres todos nosotros.
Sancho. Leonor? *Salen Leonor è Ines.*
Leon. Señor.
Sancho. Ya que queda
en su fuerza mi palabra,
que tú la cumplas es deuda.
Leon. Señor Don Rodrigo, vos
hallareis nóvias muy bellas
y muy ricas, que por ser
quien sois os amen y quieran;
Don Fadrique de Castilla
me sirve y galantea
años há y de mis desprecios
ha sufrido las tibiezas:
supuesto que haceis justicia,
no tendreis á mal, que en esta
ocasion, pues soy deudora,
pague señor, á quien deba.
Rodr. No señora, vuestro gusto
es solo mi conveniencia.
Leon. Pues, Fadrique, esta es mi mano.
Fadr. Dichoso fin de mis penas.
Danse las manos
Sancho. Ellos no han de vivir juntos?
pues que ellos allá se avengan.
Mosc. Catuja, quieres esposo?
Cat. Echa acá esa mano bestia.
Rodel. Señora Inés, nupcias pido.
Ines. A boda no hay quien no vuelva.
Todos. Y aqui el Pastelero es bien,
que fin venturoso tenga,
rey don Sebastian fingido,
que es historia verdadera.

FIN.